Siete lecciones de los Evangelios

La Asociación Católica de Propagandistas (ACdP), fundada en 1909, es una agrupación de seglares católicos con personalidad jurídica eclesiástica y civil, cuyo carisma se orienta al apostolado católico, formando e instando a sus miembros para que tomen parte activa en la vida pública y sirviendo de nexo de unión de los católicos. El propagandista antepone su compromiso cristiano y su afán de testimonio evangélico a cualesquiera otras consideraciones e intereses, adoptando actitudes inequívocas en favor de la verdad y la justicia y en defensa de la persona humana.

Asociación Católica de Propagandistas

Siete lecciones de los Evangelios

José Luis Gutiérrez García

CEU | *Ediciones*

Este libro está impreso íntegramente en papel certificado FSC (papel extraido de explotaciones de bosques sostenibles). El uso de este papel refleja nuestro compromiso con el medio ambiente.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Siete lecciones de los Evangelios

Edición al cuidado de Pablo Velasco Quintana

© 2020, de los textos, José Luis Gutiérrez García
© 2020, de la edición, Fundación Universitaria San Pablo CEU

CEU Ediciones
Julián Romea 18, 28003 Madrid
Teléfono: 91 514 05 73, fax: 91 514 04 30
Correo electrónico: ceuediciones@ceu.es
www.ceuediciones.es

Maquetación y Cubierta: Andrea Nieto Alonso (CEU *Ediciones*)

ISBN: 978-84-17385-56-9
Depósito legal: M-3142-2020

Imprime: Gráficas Vergara, S. A.
Impreso en España | Printed in Spain

Índice

Prólogo 9

Capítulos

1. «Escuchadle» 11
2. Las autodefiniciones del Señor 23
3. Las santas «huídas» del Señor 39
4. Las preguntas del Señor 45
5. Los reproches del Señor 63
6. Los presentes de indicativo en las enseñanzas del Señor 73
7. El Juicio Final, anunciado por el Señor 81

PRÓLOGO

Decir «lecciones de los Evangelios» significa escuchar y aprender, atender y asimilar las lecciones del magisterio del Señor, de Jesús, Verbo de Dios encarnado, Dios y hombre verdadero. No hay magisterio humano histórico, que pueda compararse, ni de lejos, con las enseñanzas del Divino Maestro.

Desde el momento de su concepción virginal en el seno de la Santísima Virgen y desde su nacimiento asimismo virginal en Belén, Jesús, Verbo encarnado, Dios y hombre verdadero, ha dividido la historia de la humanidad en dos vertientes. Como ha descrito, con su extraordinaria capacidad expresiva, el gran teólogo Hans Uhr von Baltasar, la entrada de Jesús en la historia proyecta luz divina no sólo hacia adelante, el *post Christum*, sino además sobre el pasado, el *ante Christum*. Es presencia al mismo tiempo prospectiva y retrospectiva.

En los capítulos de este intento de libro sólo puede atender el autor a algunos sectores del magisterio del Señor, con la única singularidad de los puntos de vista, en que se sitúa la perspectiva de aquellos, adelantando, como leal y obligado aviso previo, que el autor ni es teólogo ni exegeta, aunque sí constante lector devoto de los Evangelios y de su inspirado y magno comentarista complementario, San Pablo.

En el imponente capítulo primero del Evangelio de San Juan está la clave del misterio de la genuina fe cristiana. Cuatro afirmaciones deben destacarse, a nuestro propósito, en ese impresionante prólogo (Jn 1, 1-18).

Primera: *In principio erat Verbum*, la preexistencia del Verbo, del Unigénito, eternamente anterior al comienzo de la creación del universo. Segunda: *Deus erat Verbum*, Dios era el Verbo. Definición en la que el sujeto es el Verbo y el predicado, humanamente hablando, Dios. Divinidad de Jesús. Tercera: *Et Verbum caro factum est*, y el Verbo se hizo «carne», se hizo hombre. El Verbo, que era y es Dios, asumió personalmente una naturaleza humana, única, inigualable, unida hipostáticamente al Verbo,

al Unigénito del Padre. Humanidad virginalmente concebida, virginalmente nacida, cuyo nombre, divinamente elegido e impuesto, es Jesús. Y consiguientemente: *Et habitavit in nobis*, habitó entre nosotros, plantó su tienda de campaña en nuestro suelo. Y cuarta afirmación: *Deum nemo vidit umquam*, a Dios nadie le ha visto jamás. «El Unigénito Dios, que está en el seno del Padre, Él personalmente lo ha revelado».

Realidad confirmada por el inicio de la Carta a los Hebreos: «Dios, en esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo, a quien ha constituido heredero de todo» (Hebr 1,2). Es a Jesús, a quien el Padre declaró, como Hijo querido, en el Jordán, y a quien de nuevo bendijo en el Tabor, con el sustancial y definitivo añadido del *Ipsum audite*, escuchadle a Él como supremo Señor, Maestro y Redentor.

Todo el contenido de este estudio responde a esta amorosa orden divina. Y responde también a la necesidad siempre urgente de recurrir a la audiencia fiel, a la obediencia sacrificada, al amor absorbente del Maestro, que vivió y vive entre nosotros, que nos redimió, liberándonos de la esclavitud del nefando príncipe de las tinieblas, y nos promete la eterna convivencia bienaventurada con la Trinidad santísima. Realidad de presente y perspectiva de futuro, que actualmente corre el peligro del olvido, de la deformación y del abandono.

Los cristianos somos portadores de la divina memoria histórica y testigos de la única realidad permanente de la vida humana. El Jesús, que a los doce años asombra a los maestros de la Ley en el Templo, el Jesús que fatigado se sienta en el pozo de Jacob, el Jesús que cura al paralítico de la piscina probática, el Jesús de Betania y el Jesús redentor, el de la cruz, era Dios y hombre paciente. Y el Jesús, resucitado, el del Cenáculo, el del camino de Emaús, y el del lago de Genesaret, era Dios y hombre ya glorificado como hombre.

El Jesús histórico, paciente, de los Evangelios y el Jesús, glorioso, de la fe, es la misma Persona: El Unigénito, redentor de la humanidad con su muerte en la cruz y su resurrección gloriosa del sepulcro al tercer día.

Capítulo 1

«ESCUCHADLE»

Pueden servir de introducción, y asimismo de justificación del presente escrito, dos tesis espirituales, de idéntico contenido y distinta forma expresiva, dos geniales y realísimas afirmaciones de San Agustín: *Deus est mihi intimior intimo meo*, e *in interiori hominis habitat Veritas*. Sentencias con las que resume el santo Obispo de Hipona el supremo misterio, la suprema realidad vital de la persona humana. De todos y de cada uno: «La intimidad de Dios en mi ser es superior a mi propia intimidad», y «en el interior del hombre habita la Verdad».

Es cierto que el inmenso número de las almas sencillas santas no necesita la consideración detenida del conjunto de textos evangélicos, que aquí se reúnen. Pero es igualmente cierto que para algunos fieles –no pocos en número– tal florilegio puede servir de poderosa ayuda y de consolador estímulo para santificar su vida, serenar su espíritu, y acrisolar el servicio y el amor, que al Señor y al prójimo debemos. El Señor, el Unigénito del Padre, hecho hombre, Jesús, lo es todo para nosotros por expresa voluntad de la Trinidad Santísima.

Como motivo adicional de la exposición de cuanto sigue, me atrevo a manifestar una opinión, simple opinión personal, que considero objetivamente fundada, pero sobre la cual coloco un acento puramente subjetivo, que estoy dispuesto a retirarlo, si no es correcto.

Me explico. Que Jesús, nuestro Redentor, nuestro todo, sea objeto de una preferente devoción y entrega es absolutamente y santamente necesario, y clave suprema inigualable de nuestra santificación. Él es nuestro camino, nuestra luz, nuestra verdad, nuestra vida, nuestro alimento, nuestro consuelo, en una palabra, nuestro Redentor. Y que su sacratísimo Corazón sea término permanente de nuestra adoración es de todo punto necesario.

Pero es necesario también que los cristianos tengamos siempre a la vista la realidad, la presencia del Espíritu Santo. Y me parece que la piedad cristiana es consciente, y practica la correspondiente adoración devota de

este «supremo consolador» y «dulce huésped del alma». Las dos manifestaciones hímnicas medievales, la de la secuencia del *Veni, sancte Spiritus,* y del canto *Veni, creator Spiritus* son definitiva prueba de la vivencia devocional de la Iglesia a la Tercera Persona de la Santísima Trinidad.

Parece, en cambio, que la atención y la devoción de parte del pueblo creyente al Padre eterno no disfrutan del tiempo y de la amorosa y agradecida atención personalizada, que con tanta razón y tantos motivos merece y exige. Bien es verdad que la *devotio* y la adoración y la súplica al Padre tienen en el sacrificio de la Misa lugar preferente, central, diario, universal y agradecido. Pero la pastoral común cotidiana no parece que subraye y preste la atención debida a esta capital y necesaria orientación de la piedad cristiana. Y convendría que en la predicación se hablara más de la necesidad de atender con la debida frecuencia y asiduidad a la adoración y devoción al Padre eterno. Es, repito, mera opinión personal lo que acabo de decir.

También las oraciones colectas de la Misa de nuestro Año Litúrgico y los prefacios del Canon de la Misa –«Señor, Padre santo, omnipotente y eterno Dios»– ofrecen una providencial cantera para la oración y el diálogo confiado con el Padre. Todo un gran eucologio podría con solo aquéllas y éstos formarse.

Es la entera Trinidad Santísima la que nos ama y es la entera Trinidad, a la que debemos adoración, gratitud, admiración y reparadora petición de perdón. Con el sustancial dato añadido de que a Ella debemos el sacrificio redentor del Unigénito hecho hombre, humanado, Jesús, Rey glorioso de todo el universo, del reino angélico y de la entera humanidad.

Un solo camino, de ida y vuelta

Nemo potest venire ad me, nisi Pater, qui misit me, traxerit eum; et ego resuscitabo eum in novisimo die (Jn 6,44).
«Nadie puede venir a mí, si el Padre que me envió, no lo atrae;
y yo lo resucitaré en el último día».

Nemo venit ad Patrem nisi per me (Jn 14,6).
«Nadie va al Padre sino por mí».

Dos sentencias, que avisan al discípulo atento de las mociones capitales, que en su alma se operan, del camino de ida y vuelta, que la Beatísima Trinidad abre y mantiene en las honduras divinas de la fe movida por la caridad. Camino, que no cabe entender, a nuestra manera, como desplazamientos locales, sino como acciones personales interiores simultáneas de la sustancial unidad trinitaria en el alma del creyente.

En la primera sentencia, –discurso y anuncio de la Eucaristía–, hace Jesús dos advertencias inamovibles. Una, de presente absoluto. Otra, de futuro garantizado.

De presente absoluto: la necesaria atracción del Padre, que lleva de la mano al alma, ya aquí y ahora, al encuentro del Verbo Encarnado, Jesús. De futuro garantizado: la acción personal de Jesús en la resurrección, en la hora del Juicio Final, cierre del tiempo y de la historia, y comienzo definitivo de la eternidad, del *aevum*. Una moción interior paterna de presente permanente. Y una acción futura del Verbo humanado glorioso.

En la segunda sentencia, –discurso de la Última Cena–, la dirección del movimiento interior se invierte: el único camino para llegar al Padre eterno es el Verbo hecho hombre, Jesús. Lo recordó el Señor en su respuesta al apóstol Tomás: «Yo soy el camino» (Jn 14,6). El único.

En la dinámica de ambas mociones simultáneas el resultado es el mismo. Quien se deja atraer por el Padre llega a Jesús. Quien se deja atraer por Jesús llega al Padre. En el alma del creyente todo se opera con el realismo sobrenatural del silencio de Dios y la soledad divina de la conciencia abierta a las comunicaciones trinitarias.

A los maestros de espíritu y a los exegetas de la fidelidad toca exponer la riqueza excepcional de estas dos declaraciones del Señor. Aquí nos limitamos a subrayar la realidad de la común divinidad del Padre y de Jesús, Verbo encarnado; y particularmente la insistencia de Jesús en torno a la existencia, la presencia y la acción propia del Padre.

A lo largo de su vida, el Señor insistió en ellas. Ya a los doce años manifestó en el Templo de Jerusalén a la Santísima Virgen y a San José, que lo buscaban angustiados: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que debo ocuparme en los asuntos de mi Padre?» (Lc 2,49). Tras el regreso de los 72 discípulos de la misión que les había encomendado, Jesús, «lleno de gozo», se dirigió al Padre: «Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra» (Lc 10,21).

A punto de resucitar a Lázaro, el Señor «se estremeció profundamente» y oró: «Padre, te doy gracias, porque me has escuchado. Yo sé que siempre me escuchas» (Jn 11,41). Y del día y de la hora del Juicio Final «nadie los conoce, sino sólo el Padre» (Mt 24,36). También anticipó el nombre del Padre en la futura llamada definitiva a los bienaventurados: «Venid, benditos de mi Padre» (Mt 25,34).

Jesús mencionó, con suma frecuencia y calculada insistencia, al eterno Padre, recabando así la adoración que se le debe. Forma toda una cadena reveladora el conjunto de menciones evangélicas del Padre, que de mil maneras hizo Jesús en su predicación: es el dueño del viñedo (Jn 15,1), el sembrador de las plantas (Mt 13,13), el que ve en lo escondido al que ora (Mt 6,6), el que cuida de toda la naturaleza (Mt 10,29), el perdonador de los pecados (Mt 6,14-18). Cuando los Apóstoles le pidieron que les enseñara a orar, les expuso el «Padre nuestro, que estás en el cielo» (Mt 6,9), porque «uno solo es vuestro Padre celestial» (Mt 23,9). Y como corona de todo, habló del Padre con su solemne y definitoria autodeclaración: «Yo y el Padre somos uno, somos unidad» (Jn 10,30).

Importa sobremanera que en la conciencia de los fieles se mantenga activo este vital reconocimiento básico y devoto de la presencia y de la obra del Padre eterno en las almas. El duro reproche del Señor a los fariseos lo resume todo: «Ni me conocéis a mí, ni a mi Padre; si me conocierais a mí, conoceríais a mi Padre» (Jn 8,19).

Audiencia y práctica

Omnis qui audivit a Patre et didicit, venit ad me (Jn 6,45).
«Todo el que escucha al Padre y acepta su enseñanza, viene a mí».

Lo que sigue es un desarrollo explicativo de lo anterior, de la grave advertencia dominical, que las dos sentencias precedentes recogían. Con el esclarecedor aditamento, tras las mociones simultáneas del Padre al Hijo y del Hijo al Padre, de que el Padre no solamente atrae, sino que además habla personalmente al alma, y de que ésta oye, escucha, atiende y obedece la voz recibida del Padre. Se sitúa asimismo esta expresa locución

paterna en tiempo de presente, aquí en el tiempo, ahora. La atracción, con que el Padre lleva al alma a Jesús se ve acompañada de las palabras expresas, personales del Padre, y de la audiencia del alma, que, si es fiel, las secunda, y si no lo es, las desobedece, o ni siquiera las atiende. Ya lo advirtió el Señor, durante su vida pública, en el Sermón de la montaña: «No todo el que me dice ¡Señor! ¡Señor! entrará en el Reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre celeste» (Mt 7,21; cf. Lc 6,46).

Este punto de las palabras del Padre al alma requiere confirmación explicativa. Habló el Padre eterno en vida de Jesús y sigue hablando en el corazón de los fieles.

Habló el Padre, con locución humana, en el Jordán y en el Tabor. Con dicción, tono y acento harto distintos de la voz del Sinaí, ante el colectivo del pueblo liberado, o de forma privada, personal, ante Moisés de palabra, o ante Elías con el paso de una singularísima brisa suave.

Dio el Padre testimonio en el Jordán, con motivo del bautismo del Señor: «Este es mi Hijo, el amado, en quien me complazco» (Mt 3,17). Palabras del Padre, acompañadas de la presencia del Espíritu Santo. Palabras que no sufren la erosión del tiempo. Siguen resonando. Y segundo momento: en la transfiguración del Señor en el Tabor. De nuevo, el mismo testimonio del Jordán, con un paterno añadido sobremanera importante, dirigido a los Apóstoles y en ellos a sus sucesores: «Este es mi Hijo, el amado, en quien me complazco; "escuchadle a Él"» (Mt 17,5). El *audivit* y el *didicit* de Juan como exhortación obligatoria están preseñalados en el *Ipsum audite* de Mateo.

Es necesario subrayar este nuevo dato en la locución paterna del Tabor. No basta oír. No es suficiente escuchar con atención. Es necesario, indispensable «aprender», vivir, obedecer la voluntad del Padre, que se remite a la enseñanza de Jesús: «Oídle, escuchadle, obedecedle a Él».

Los tres testigos privilegiados del Tabor, «los considerados como columnas» (Gal 2,9), recordaron la suma importancia de esta orden divina y la consignaron, cada uno a su manera y en el momento oportuno, años después.

Pedro, cabeza visible de la Iglesia, Juan, corazón ardiente de la Iglesia, y Santiago, protomártir del Colegio apostólico, nos han trasmitido la consigna de la audiencia seguida, acompañada de la práctica de las obras.

Pedro:
«Esta voz bajada del cielo la oímos nosotros, cuando estábamos con Él en el monte santo» (2 Pt 1,18).

Juan:
«Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que hemos contemplado, lo que hemos palpado con nuestras manos acerca del Verbo de la vida,(...) lo que hemos visto y hemos escuchado os lo anunciamos también a vosotros, la vida eterna, que estaba junto al Padre y se nos ha manifestado» (1 Jn 1,1-3).

Santiago:
«Poned en práctica la palabra y no seáis simples oyentes, engañándoos a vosotros mismos... La fe, si no tiene obras, está muerta en sí misma» (Iac 1,22;2,17).

Y San Pablo, acorde con ellos y recogiendo la normativa del Padre en el Tabor, reitera la obediencia, la práctica: «Lo que importa es la fe y que esta fe se exprese en obras» (Gal 5,6).

Jesús advierte que quien oye al Padre y obedece las palabras de éste, viene a Él. Y el propio Padre nos urge que oigamos a Jesús, es decir, que obedezcamos su enseñanza y sigamos su ejemplo. Con otros términos, la orden del Padre es que seamos discípulos fieles del magisterio del Unigénito hecho hombre, que le amemos y creamos en Él plenamente. Y surge aquí el tercer momento de estas consideraciones.

«El Padre eterno os ama»

Ipse Pater amat vos, quia vos me amastis et credidistis quia ego a Deo exivi (Jn 16,27).
«El Padre mismo os ama, ya que vosotros me habéis amado y habéis creído que yo salí de Dios».

Estamos –volveremos más adelante sobre esta declaración de Jesús– ante una de las manifestaciones más solemnes, más impresionantes, del discurso de la Última Cena. Explicada y corroborada por el mismo Señor.

Con un término comparativo, que aumenta el asombro: «Los amas a ellos como me amas a mí» (Jn 17,23). Declaración, que, en cuanto al término comparativo, debe estimarse en sus obligados y respetuosos términos.

Dejo en las manos expertas de los teólogos el tratamiento de la importante cuestión del real amor de Dios a todos los hombres y la consiguiente voluntad salvífica universal de Dios. Circunscribo el comentario presente a los términos y a los concretos destinatarios, a los que Jesús se dirigió: a los Apóstoles, y en ellos, a sus sucesores y a todos los creyentes en Él (cf. Jn 17,9-12). El Padre eterno amaba a los Apóstoles y ama a cada cristiano con un amor divino, que semeja el que tiene el Padre al Hijo encarnado. Estamos ante el misterio de la incorporación de los fieles a su Redentor, ante la realidad del Cuerpo Místico de Cristo: «Todos vosotros sois uno en Cristo» (Gal 3,28).

Lo reafirmó Jesús en la misma ocasión: «Yo en ellos y tú en mí» (Jn 17,22). Porque, declaración autotrinitaria, «todo lo que tiene el Padre es mío» (Jn 16,15), y «el que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Jn 14,9).

La figura del padre del hijo pródigo (cf. Lc 15,11-32), corriendo, pese a sus años, al encuentro del hijo, extenuado, descalzo, deshecho, acogiéndolo y abrazándolo, parece repetirse en estas palabras cuasi testamentarias de Jesús. Con la advertencia necesaria de que entre la figura paterna de la parábola y la realidad, afirmada por el Señor, del amor del Padre eterno, median una diferencia y una distancia infinitas.

El mejor comentario, la explicación superautorizada de esta realidad humanamente incompresible del amor del Padre eterno al cristiano, lo dio el inmenso Pablo en su carta a los efesios. Texto tan claro y tan conmovedor y tan poco conocido del común de los fieles, que merece reproducirse aquí en su entera redacción.

> «Bendito sea Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo,
> que nos ha bendecido en la persona de Cristo
> con toda clase de bendiciones espirituales y celestiales.
>
> Él nos eligió en la persona de Cristo,
> antes de crear el mundo,
> para que fuésemos santos
> e irreprochables ante Él por la caridad.
> Él nos ha predestinado en la persona de Cristo,

por pura iniciativa suya,
a ser hijos adoptivos, por medio de Jesucristo,
para que la gloria de su gracia,
que tan generosamente nos ha concedido
en su querido Hijo, redunde en alabanza suya.

En él, por su sangre,
hemos recibido la redención,
el perdón de los pecados.
El tesoro de su gracia, sabiduría y prudencia
ha sido un derroche para con nosotros.
Este es el plan benévolo,
que había proyectado realizar por Cristo,
cuando llegase el momento culminante:
Recapitular en Cristo todas las cosas,
las del cielo y las de la tierra.

En Él también nosotros
hemos sido hechos herederos,
destinados de antemano
según el designio del que todo lo hace
conforme a su libre voluntad.
Así nosotros, los que tenemos puesta
nuestra esperanza en Cristo,
seremos un himno de alabanza a su gloria.

En él también vosotros,
los que habéis escuchado la palabra de la verdad,
–que es el Evangelio que os salva
y en el que habéis creído–,
habeis sido marcados
con el sello del Espíritu Santo prometido,
que es garantía de nuestra herencia,
para la plena liberación del pueblo de Dios
y alabanza de su gloria» (Ef 1,3-14).

Huelga, hasta cierto punto, todo comentario. La realidad divina de la infinita caridad del Padre hacia el creyente apenas si puede lograr albergue expresivo en las palabras de Pablo. Pero ahí están para conocimiento, asombro y agradecimiento de todos cuantos queremos vernos en sus destinatarios. Porque la revelación del Señor en la Última Cena y las palabras de Pablo, pronunciadas en momentos históricos dados, mantienen vigencia y actualidad permanentes. Todos somos destinatarios directos de las mismas. Jesús nos advirtió: «No me elegisteis vosotros a mí, sino yo a vosotros, y os designé para que vayáis y deis fruto y vuestro fruto permanezca» (Jn 15,16). Y podemos añadir que no hemos elegido nosotros al Padre. Es el mismo Padre, personalmente, *Ipse,* el que nos ha elegido a nosotros en el Hijo, en el Unigénito hecho hombre; y es el Padre, personalmente, quien nos hace dignos de servirle en su presencia, por los merecimientos de Jesús.

«He manifestado tu nombre a los hombres que escogiste del mundo y me los confiaste; tuyos eran y tú me los confiaste, y ellos han guardado la palabra» (Jn 17,4). «Han aceptado mi enseñanza» (Jn 17,8). En cambio, «el que me odia a mí, odia también a mi Padre» (Jn 15,23.24).

Maestros de la fe

Otra sentencia divina, abierta a la entera historia de la Iglesia y a la personal consideración agradecida de los fieles.

> *Qui vos audit, me audit; et qui vos spernit, me spernit; qui autem me spernit, spernit eum, qui me misit* (Lc 10,16).
> «El que os escucha a vosotros, a mí me escucha; y el que os rechaza a vosotros, me rechaza a mí; y el que me rechaza a mí, rechaza al Padre que me ha enviado».

Se repite esta cadena de audiencias, con meras variantes verbales, en Mt 10,40 y en Mc 9,37-41. Tres escalones unidos: el inferior, el humano, autorizado por expresa encomienda divina directa; y los dos superiores, divinos, de la suprema entidad trinitaria: la misión del Padre encargada al Unigénito humanado, y la enseñanza y la redención de la humanidad por Jesús, en obediencia al Padre.

El texto de Lucas sobre los tres escalones, que el Señor había anticipado en Cafarnaún (cf. Mc 9,36), se vio confirmado posteriormente en el discurso de la Cena postrera, cuando el Maestro anticipó a los Apóstoles, y en ellos a los sucesores de éstos, las dificultades y persecuciones inherentes a la misión evangelizadora: «Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros; y si han rechazado mi enseñanza, también rechazarán la vuestra» (Jn 15,20). Lo había advertido con absoluta claridad durante la vida pública.

San Juan, años después, recordó la advertencia del Señor: «El que conoce a Dios nos escucha, y el que no es de Dios no nos escucha» (1 Jn 4,6). Y recordando las palabras de la Cena añadió: «Lo que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que estéis unidos a nosotros, como lo estamos nosotros con el Padre y con su Hijo Jesucristo» (1 Jn 1,3). Reiteración de la escala de las tres uniones.

Tramo grave de la evangelización, fijado, definido, por el propio Jesús. Prolongación ineludible de la misión, inicial, la de los Apóstoles, sostenida en el tiempo por sus legítimos sucesores hasta el final de la historia. Eco divino del *Pastores dabo vobis*, prometido en el Antiguo Testamento.

El imperativo del monte Tabor sigue resonando: «Escuchadle a Él». Y la palabra, la enseñanza, el sacrificio del Verbo humanado siguen activos, vibrantes, eludiendo el paso de los tiempos. Él es el *solus Sanctus,* el *solus Dominus,* el *solus Altissimus*, cifra imborrable, suprema cumbre única, de la que San Pablo nos dejó el retrato inmortal, con el que se cierra este primer capítulo, que bien puede calificarse de introductorio.

«Demos gracias a Dios Padre,
el cual nos ha hecho capaces de compartir
la herencia del pueblo santo en la luz.
Él nos ha sacado del dominio de las tinieblas
y nos ha trasladado al reino de su Hijo querido,
por cuya sangre hemos recibido la redención,
el perdón de los pecados.

Él es imagen de Dios invisible,
primogénito de toda criatura;
porque por medio de Él
fueron creadas todas las cosas:

celestes y terrestres, visibles e invisibles.
Tronos, Dominaciones, Principados, Potestades;
todo fue creado por Él y para Él.
Él es anterior a todo, y todo se mantiene en Él.
Él es también la cabeza del cuerpo de la Iglesia.
Él es el principio,
el primogénito entre los muertos,
y así es el primero en todo.
Porque en Él quiso Dios
que habitase toda la plenitud.
Y por Él quiso reconciliar todos los seres:
los del cielo y los de la tierra,
haciendo la paz por la sangre de su cruz».
(Col 1,12-20).

Oídle, obedecedle, amadle. «La fe depende del mensaje que se escucha, y ese mensaje llega a través de la palabra acerca de Cristo» (Rom 10.17). «Si escucháis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones» (Sal 95,7; Hebr 3,15). «El que tenga oídos, que oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias» (Apoc 2,17). Conscientes siempre de que dentro del *mysterium Christi* se encierra el *mysterium crucis*.

Capítulo 2

LAS AUTODEFINICIONES DEL SEÑOR

Lo primero es fijar con claridad qué se entiende en las páginas, que siguen, por «autodefinición». La respuesta nos la da la Real Academia de la Lengua.

La «definición» es tanto la acción como el efecto del verbo «definir», cuyo sentido propio no es otro que fijar con exactitud, claridad y precisión la naturaleza de una persona o cosa. Aquí nos interesa el aspecto puramente personal. Consiguientemente, el sustantivo compuesto «autodefinición», que el Diccionario oficial incluye nominativamente, significa y fija la definición que hace de sí misma una persona. Toda autodefinición es una especie de autorretrato.

Y aquí, segundo punto, la persona es Jesús, el Mesías, Dios y hombre verdadero, que habló de sí mismo y se autodefinió como tal en numerosas ocasiones, varias de las cuales han quedado grabadas en los Evangelios. De ellas vamos a tratar.

Con una salvedad previa. Cada autodefinición del Señor merece y exige reverente y extenso tratamiento propio. Aquí hemos de limitarnos a una estricta mención, seguida de un breve comentario, que sirva para lo que nos proponemos: facilitar la consideración devota, la meditación atenta y la contemplación práctica admirativa de los fieles.

I. Las autodefiniciones explícitas generales

«Yo soy la luz del mundo»

Ego sum lux mundi. «El que me sigue no anda en tinieblas, sino que tiene la luz de la vida» (Jn 8,12).En Jerusalén, con motivo de ciertas fiestas se encendían grandes luminarias en el Templo. Lo anticipó San Juan en el magno prólogo de su Evangelio: «Era la luz verdadera, que al venir a este mundo, ilumina a todo hombre» (Jn 1,9). Es el *Lumen Christi*, que canta gozosa la Iglesia en la noche santa de la Vigilia Pascual.

En Jesús se cumplían la profecía de Isaías y la confesión del salmista: «El pueblo que caminaba en tinieblas, vio una luz grande; habitaban en tinieblas y sombras de muerte, y una luz les brilló» (Is 9,1); «el Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?» (Sal 26,1).

Conviene consignar un esencial matiz. No dijo el Señor que era simplemente «luz del mundo». Con ese artículo «la luz» aclaró que era la luz por antonomasia, dando a esta capitalidad la suprema e inigualable altura divina, única, de ese sujeto «Ego», Dios y hombre al mismo tiempo.

Y queda como prolongación, la conexa enseñanza complementaria, que el propio Jesús subrayó con cierta extensión significativa, hablando a sus discípulos: «Vosotros sois luz del mundo», luz derivada y participada. «Sois como una ciudad situada en la cima de un monte, que no puede ocultarse. No se enciende una lámpara para ocultarla dentro de una vasija, sino para colocarla en un candelabro y así alumbrar a todos los de la casa» (Mt 5,16).

Por virtud de la fe, los cristianos consecuentes tienen «iluminados los ojos de su corazón» (Ef 1,18), y de esta luz interior recibida nace la luz exterior iluminante del medio, en que viven.

«Yo soy el camino, la verdad y la vida»

Fue la solemne respuesta de Jesús a la pregunta de Tomás en la Última Cena. *Ego sum via, veritas et vita*. Autodefinición ternaria, que exige el correspondiente desglose del comentario.

Ego sum via

«Camino». Lo justificó inmediatamente el Señor: «Nadie viene al Padre sino por mí» (Jn 14,5). Unicidad viaria del espíritu humano absolutamente exclusiva. No hay otra en el territorio del espíritu. Ya lo anticipó Dios, Yahvé, por medio del salmista: «Yo te formaré y te enseñaré el camino, que debes seguir; te daré las instrucciones pertinentes, y mantendré bien fija mi mirada sobre ti», mientras caminas (Sal 31,8).

En cierta ocasión, cuando Jesús iba camino de Jerusalén, le preguntó uno si son pocos los que se salvan (Lc 13,22). El Señor eludió la respuesta aclaratoria a la pregunta y se limitó a hablar del camino, de la vía adecuada para salvarse. «Angosto es el camino, la vía, que lleva a la vida y son pocos los que la encuentran» (Mt 7,14). Estrecho camino, sendero ascensional, fatigoso de andar, pero fácil, aliviado, seguro para quienes caminan sostenidos por la poderosa mano del Señor. Es Él la vía, el guía superexperto, el apoyo firme, la seguridad en las nieblas, la visibilidad clara de la cima, los ratos de descanso, que los hay, y las horas largas del penoso subir, que también se dan.

Él, que es camino, habló no pocas veces de su propio camino. Cuando le dijeron que Herodes quería matarle, repuso, para ejemplo y norma de sus discípulos: «Seguiré mi camino hoy, mañana y pasado mañana» (Lc 13,33). Y ese camino era el de su Sacratísima Pasión.

Ego sum veritas

Tiene esta autodefinición tres momentos. Uno de ellos, durante la vida pública, en una de las frecuentes disputas con los fariseos: «Os estoy diciendo la verdad y no me creéis, porque no sois de mis ovejas» (Jn 10,26), reproche contrapuesto a la declaración íntima a sus discípulos: «Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres» (Jn 8,32). El segundo momento, en el Cenáculo, en el sermón de la Cena Última: «Yo soy la Verdad». Declaración plena, definitivamente revelante. Y el tercer momento en el Pretorio, ante Pilato: «Yo para esto nací y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad oye mi voz». Paladina declaración de Jesús terriblemente humillado, que sólo tuvo como respuesta el escepticismo displicente y despectivo del claudicante procurador romano (Jn 19,37-38).

La Verdad humanada frente al mundo de ayer y de hoy. La Verdad divina frente al «príncipe de este mundo» y de la mentira (Jn 12,31.14,20.16,11), que «homicida desde el principio, no se mantuvo en la verdad, pues no hay verdad en él» (Jn 8,44).

Esta autodefinición del Señor presenta hoy una actualidad manifiesta y acentuada por el incesante desfile de las ideologías del error y de la mentira. Mentira, que constituye actualmente, a nivel mundial, la principal fuerza rectora, desordenadora, de la vida individual y de la social.

Ego sum vita

Tercer término –la vida– de la respuesta del Señor a la pregunta del Apóstol Tomás. Ya lo había subrayado San Juan en el impresionante prólogo de su Evangelio. El Unigénito era la Vida *ab aeterno* en el seno de la Beatísima Trinidad. «En Él era la vida» (Jn 1,4). «Como el Padre tiene vida en sí mismo, así ha dado al Hijo tener vida en sí mismo» (Jn 5,26).

Jesús, Unigénito encarnado, vino para que cuantos creyeran en Él tuvieran vida y vida santa poderosa, superpoderosa (Jn 10,10), operativa, como sucedió y sigue sucediendo: «No queréis venir a mí para tener la vida» (Jn 5,40). «El Hijo da la vida a los que quiere» (Jn 5,21), querer de Jesús, que abierto a todos, no todos recogen. La oferta es, como divina, universal. Pero no todos la aceptan.

Ofrece esta autodefinición dos declaraciones complementarias explicativas, de suma importancia. La primera, «Yo soy la resurrección y la vida» (Jn 11,25). La segunda, «Yo soy el pan de vida» (Jn 6,35.48.55). Conviene explicarlas.

«Yo soy la resurrección y la vida»

Por ser la «vida» posee el poder personal de resucitar, de devolver la vida. Lo demostró en Betania, con la impresionante resurrección de su amigo Lázaro (Jn 11,18-44). Y lo anunció para el día del Juicio Final, cuando «todos los que están en los sepulcros oirán su voz, y saldrán: los que hicieron el bien resucitarán para la vida, y los que hicieron el mal resucitarán para la eterna condenación» (Jn 5,28-29). «Todo el que crea en el Hijo tendrá vida eterna y yo lo resucitaré en el último día» (Jn 6,40).

Lo había anunciado en el sermón de la promesa de la Eucaristía: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna y Yo le resucitaré en el último día» (Jn 6,54). Y al hablar de las ovejas de su rebaño subrayó que «no perecerían eternamente», que vivirían resucitadas por Él (Jn 10,28).

Bien puede afirmarse que esta autodeclaración se alza como la cima más alta de todas ellas. A Marta, hermana de Lázaro, muerto y ya enterrado, se lo advirtió el Señor: «Yo soy la resurrección y la vida: quien cree en mí, aunque haya muerto vivirá. Y todo el que vive y cree en mí, no morirá para siempre» (Jn 11,25). Jesús se declara dueño y señor de la vida, de la del tiempo y de la de la eternidad.

«Yo soy el pan de vida»

Esta autoafirmación se produjo al día siguiente de la multiplicación de los panes. Cuando la gente le pidió, tocada de cierto temporalismo, «el pan de Dios», Jesús respondió con plena claridad: «Yo soy el Pan de Vida» (Jn 6,35). Jesús no ofrece una nueva lluvia providencial del maná del desierto. Ofrece como alimento sustancial del hombre entero, del creyente, su propio cuerpo, su propia sangre.

Insondable misterio del amor, que escapa a todo adjetivo, del amor divino al hombre creyente, al cristiano. «El que coma este pan vivirá eternamente» (Jn 5,58). Promesa que tiene ya su real antecedente en la Eucaristía: «Porque mi carne es verdaderamente comida y mi sangre es verdaderamente bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él» (Jn 6,54-56).

Conviene subrayar –lo haremos más adelante– el importante matiz de esos presentes de indicativo, indicadores de realidad presente ya aquí en el tiempo: «"Tiene" la vida eterna», «"permanece" en mí y yo en él». Valor de presencia actual, que se distingue temporalmente de las afirmaciones de futuro: le «resucitaré», «no perecerán».

«Yo soy la puerta»

Ego sum ostium (Jn 10,7.9). Él es la puerta, la única puerta. No hay otra entrada. Situada esta autodefinición en el contexto pastoril de la parábola del Buen Pastor, conecta espiritualmente con la advertencia del camino angosto y de la puerta estrecha, que Mateo coloca en el Sermón de la Montaña:

> «Entrad por la puerta estrecha. Que es ancha la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por ella. Y es estrecha la puerta y angosto el camino, que lleva a la vida, y son pocos los que lo encuentran» (Mt 7,13-14).

Y San Lucas consigna y confirma el aviso del Señor: «Esforzaos por entrar por la puerta estrecha» (Lc 13,14).

Aviso serio y trascendente advertencia, que no debe silenciarse ni menospreciarse. Pero aviso y advertencia, que se combinan con la autodeclaración, confirmativa, de que es Él personalmente quien abre y ensancha la puerta para facilitar el ingreso de sus fieles. Porque es la puerta y es al mismo tiempo el camino.

Y hay más, junto a Él se halla su santísima Madre, la Virgen María, a la que con razón el pueblo cristiano fiel invoca como *porta coeli*, *ianua coeli*, que ayuda al pecador arrepentido a entrar de su mano bendita en las aulas de la bienaventuranza, como *auxilium christianorum* y *refugium peccatorum*.

Y ya que hemos comentado el *sum ostium* del aprisco pasemos a la autodefinición del Buen Pastor.

«Yo soy el Buen Pastor»

Ego sum pastor bonus (Jn 10, 1-17). Entrañable autorretrato, en el marco de la vida pastoril, de importancia entonces superdestacada, y también hoy vigente. Definía el Señor así, como hombre, su divina misión. Y daba realidad tangible a los dos grandes textos del Antiguo Testamento: el salmo 22 y el texto del profeta Ezequiel, 34,11-16. Debo limitar el comentario.

En el pasaje de San Juan tienen las palabras del Señor un claro matiz de seria polémica con los judíos. Prescindo de él. Y atiendo al dibujo del pastor bueno. El buen pastor ama a sus ovejas. Las conoce personalmente, *nominatim* (Jn 10,4). Las dirige, las apacienta, las defiende. Y si alguna se pierde,

vuelve a buscarla, la encuentra herida, la cura, la echa sobre sus hombros y la lleva de nuevo a la seguridad del aprisco. Con toda razón, el salmista le dice a su pastor: «Tu vara y tu cayado son mi consuelo» (Sal 22,4).

Repitiendo la metáfora de la puerta, Jesús proclama: «Yo soy la puerta: el que entra por mí se salvará» (Jn 10,9). Y ante la dureza de juicio de los judíos insistió: «Mis ovejas escuchan mi voz, yo las conozco y ellas me siguen; yo les doy la vida eterna y no perecerán jamás, nadie me las arrebatará de mi mano». Y reforzando su aserto, añadió: «Mi Padre, que me las ha dado, es superior a todos y nadie puede arrebatar nada de la mano de mi Padre. Yo y el Padre somos uno» (Jn 10,27-30).

Los versículos que siguen a esta paladina declaración merecen reproducción plena:

> «Una vez más los judíos agarraron piedras para tirárselas. Jesús les replicó: He hecho ante vosotros muchas obras buenas en virtud del poder que he recibido del Padre; ¿por cuál de ellas me queréis apedrear?. Los judíos le contestaron: No te apedreamos por ninguna obra buena, sino por haber blasfemado; porque tú, siendo hombre, te haces Dios» (Jn 31-33).

Jesús, el Buen Pastor, era, y es, hombre, y era y es Dios.

No debe omitirse el texto de Ezequiel, 34,11-16. Es el precedente veterotestamentario de la parábola del Buen Pastor.

> «Dice el Señor Dios: "Yo mismo buscaré mi rebaño y lo cuidaré. Como cuida un pastor de su grey dispersa, así cuidaré yo de mi rebaño y lo libraré, sacándolo de los lugares por donde se había dispersado un día de oscuros nubarrones... Yo mismo apacentaré mis ovejas y las haré descansar... Buscaré la perdida, recogeré la descarriada, vendaré a las heridas, fortaleceré a las enfermas; pero a la que está fuerte y robusta la guardaré, la apacentaré como es debido"».

«Yo soy la vid»

Del aprisco de las ovejas pasa el análisis al cultivo del viñedo. Sorprende la capacidad extraordinaria de atenta observación de la naturaleza, que en grado superlativo poseía el Señor; y llama igualmente la atención la exacta plenitud de su forma de proyectar, de elevar la observación de lo temporal al divino nivel de sus parábolas y de sus alegorías.

Ahora es la viña. «Yo soy la vid verdadera y mi Padre el viñador... Yo soy la vid, vosotros los sarmientos» (Jn 15, 1.5). Y debe señalarse que esta alegoría, a diferencia de otras precedentes, no se expuso ante auditorios comunes o frente a los grupos enemigos constituidos por los fariseos y los escribas. Su auditorio fue entonces restringido, íntimo: solo los Apóstoles en el sermón de la Última Cena.

Es esta declaración íntima enseñanza y necesario aviso. Conectada con el tema del «Yo soy la vida». La vida está en la vid. El sarmiento vive, si se mantiene unido a la vid. «Como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no está unido a la vid, así tampoco vosotros, si no estáis unidos a mí». Por eso, «permaneced unidos a mí, como yo lo estoy a vosotros». Y el magno aviso, clave de la vida, aviso que encierra la central única de las energías de lo sobrenatural: «Sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15,4-5).

Siempre apuntó Jesús, en todo el curso de su predicación y de sus generales enseñanzas, a la realidad del destino definitivo, de la previsión escatológica. El dueño del viñedo, «el Padre corta todos los sarmientos que no dan fruto en mí... Al que no está unido a mí se le echa fuera, como a los sarmientos, que se amontonan, se secan y se les prende fuego, para que se quemen» (Jn 15,2.6).

Viñador, vid, sarmientos: el Padre eterno, Jesús, los Apóstoles, y como enlace unitivo de esta terna, la esperanzada conclusión: «Como el Padre me ama a mí, así os he amado yo» (Jn 15,9). Declaración suprema, consoladora de la infinita caridad intratrinitaria y de la caridad, del amor misericordioso infinito de Jesús a sus Apóstoles y a todos los creyentes en Él a lo largo de todas las épocas, de las relativamente fáciles y de las inevitablemente dificultosas.

II. Las autodefiniciones explícitas individualizadas

Todas las anteriores autodeclaraciones explícitas del Señor Jesús han sido públicas. Ante colectividades, amplias unas, reducidas otras. Se reúnen ahora bajo este segundo epígrafe dos autodefiniciones privadas, individuales, dirigidas a una sola persona. Con la nota común de que ambas contienen una revelación de la divinidad de Jesús, para mover a una conversión individual y de apostolado. Son, por otra parte, afirmaciones, que junto al dato revelador, poseen valores de orden, de mandato personal estricto.

«Soy yo, el que contigo está hablando»

Samaria. Mediodía. Junto al pozo del patriarca Jacob. Cerca de Sicar. Calor sofocante. Y Jesús, cansado, sediento, fatigado de tanto andar, está solo. Los Apóstoles han ido a la villa vecina para comprar algo que comer. Y llega una mujer samaritana. Y es Jesús quien, pastor cuidadoso, inicia el diálogo. La iniciativa es siempre del Maestro.

Juan narra con detalle el diálogo. Del inicial momento sobre el agua del pozo y el agua que aquel singular judío promete a la samaritana, Jesús pasa a la situación conyugal desordenada de su interlocutora. Sorprendida ésta, intenta esquiva el reproche pasando al tema de la adoración de Dios y la espera de la venida del Mesías al monte Garizin. El esperado Mesías. Y Jesús recoge la mención y de golpe hace la que fue su primera declaración como tal.

El Mesías que esperáis, «soy yo, el que está hablando contigo». Llegan los Apóstoles, la samaritana sale corriendo hacia el pueblo y comunica su inesperado y sorprendente encuentro, y los samaritanos acuden en bloque al pozo. Invitan al Señor y éste acepta y pasa en Sicar dos días y son muchos los que le reconocen como Mesías. Sigue luego Jesús, acompañado de sus discípulos, hacia Galilea.

Surgen dos cuestiones. ¿Cómo Juan narra la conversación del Señor con aquella samaritana, si estaba ausente? La respuesta está escondida en el propio texto del evangelista: al regresar los Apóstoles «se admiraron de que Jesús estuviera hablando con una mujer; pero ninguno se atrevió a decirle qué le estaba preguntando o por qué estaba hablando con ella» (Jn 4,27). Y podemos suponer con fundamento que, camino de Galilea, el

Señor satisfizo ampliamente la lógica curiosidad y la extrañeza natural de los Apóstoles. Como había hecho anteriormente con la sucinta relación del contenido de las tentaciones en el desierto de Judea (cf. Mt 4,1-11).

Segunda observación importante: el apunte claro intenso de la universalidad de la misión redentora del Mesías, al afirmar el Señor su estima por el pueblo samaritano, separado de los judíos. Cuando, en cierta ocasión, los Apóstoles pidieron al Señor que lloviera fuego sobre Samaria, el Señor les reprochó duramente tal pretensión (Lc 9,51-55). En la parábola del caminante que subía a Jerusalén y cayó en manos de los ladrones, quedando malherido, es un samaritano el que se detiene a curarlo y a atenderlo (Lc 10,30-37). Y cuando, camino de Jerusalén, pasaba por Samaria, y curó a un grupo de leprosos, diez, ninguno de los cuales volvió a darle las gracias, salvo uno «que precisamente era samaritano» (Lc 17,16). Jesús preparaba el campo para la futura evangelización de aquel pueblo por obra del Apóstol Felipe (cf. Act 8,4-8).

«Soy yo, al que estás persiguiendo»

Es un *Ego sum* singularísimo, de alcance universal dentro de su excepcional significado. La auto-manifestación a la samaritana fue individual primero y luego colectiva, pero de amplitud meramente local. Aquí estamos ante una autodefinición personal, pero de proyección y contenido universales. Es la hora de la conversión de San Pablo.

La narra San Lucas, con la escueta concisión de un relato histórico y la garantía suprema de la inspiración divina. Y la amplió y explicó el propio San Pablo en su carta a los Gálatas, capítulo 1, y en dos discursos, recogidos por los «Hechos de los Apóstoles», capítulos 22 y 25.

Debo limitarme a la estricta narración del momento. Saulo, perseguidor inmisericorde de los discípulos del crucificado, que había presenciado y aplaudido la muerte del diácono Esteban, caminaba al frente de un grupo armado para detener a los cristianos de Damasco. Y «cuando estaba ya cerca de la ciudad, un resplandor del cielo lo envolvió de repente» y le hizo caer al suelo.

«Y oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?». «Él preguntó: ¿Quién eres, Señor?. Y la voz respondió: Yo soy Jesús, a quien tú persigues». Y aquella voz poderosa, inédita, recriminatoria y al mismo tiempo amorosamente atrayente, le ordenó con una perentoria firmeza para él desconocida: «Levántate y entra en la ciudad». Y añadió la voz de Jesús: «Allí te dirán lo que debes hacer» (Act 9, 1-6).

Este «Yo soy» presenta dos características únicas. Primera, no es la voz del Señor, de Jesús, pronunciada en el tiempo, durante su vida en el territorio palestino. Es la voz del Jesús resucitado, ascendido al cielo, glorioso. Y Pablo algo, o más bien mucho, entendió al recibir la orden del cielo. Se retiró, ayunó, oró, esperó. Y Lucas continúa la narración (Act 9, 7-16).

Los grandes maestros de espíritu hablan familiarmente de «las gracias tumbativas». La de Pablo lo fue física y espiritualmente y en grado excepcional. Porque tales formas de plena y repentina conversión se han dado, se dan y seguirán dándose, cada una a su manera. Baste citar los nombres de Paul Claudel, Manuel García Morente, Eva Lavallière y André Frossard. La conversión de Saulo, el temible perseguidor, en San Pablo, Apóstol de los gentiles, posee con total evidencia un carácter arquetípico y de modelo no igualado.

El «Yo soy» de Getsemaní

No pueden quedar en este recuento piadoso la mención y una breve consideración del «Yo soy» pronunciado por el Señor en el huerto de Getsemaní. Es la suprema autodefinición de Jesús, a punto ya de iniciar su sacratísima Pasión.

La escena del prendimiento la narran los cuatro evangelistas: Mt 26; Mc 14; Lc 22. Pero es Juan el que recoge la mención personal declarativa: Jn 18,4-9.

Habían pasado las horas de la terrible agonía. Los Apóstoles, despertados ya de su somnolencia, rodean al Maestro. La oscuridad los envuelve. Y se oye el alboroto de los que se acercan para detener a Jesús. El beso del traidor, de Judas, denuncia al que hay que detener. Surge un espeso silencio roto sólo por las vacilantes ráfagas luminosas de las antorchas. Jesús se adelanta. Domina la escena. Y surge el diálogo, que atravesará todos los tiempos.

«Jesús, que sabía todo lo que iba a caer sobre él, se adelantó y dijo: ¿A quién buscáis?. Respondieron: A Jesús de Nazaret. Jesús les dijo: Yo soy.... Cuando les dijo "Yo soy", retrocedieron todos y cayeron a tierra.
De nuevo les preguntó: ¿A quién buscáis?. Respondieron de nuevo: A Jesús de Nazaret. Respondió Jesús: Os lo he dicho, Yo soy. Si me buscáis a mí, dejad que éstos se marchen» (Jn 18,4-8).

Este super-solemne «Yo soy» de Getsemaní resume, concentra y eleva todos los anteriores. Tenía esta autodefinición, en el prólogo mismo de la sagrada Pasión, tenía, repito, un eco, un poder expresivo, como una resonancia poderosamente divina del *Ego sum, qui sum*, con el que Yahvé se autodefinió, desde la zarza que ardía y no se consumía, en el monte Horeb, ante Moisés (cf. Ex 3,14).

Es por ello la autodefinición suprema, con que sigue presentándose el Señor, camino ya del Calvario, ante sus discípulos de todos los tiempos. La clave divina del *mysterium crucis et salutis*.

III. Las autodefiniciones implícitas

Las califico de «implícitas», porque su estructura gramatical es distinta, pero su significación es la misma. En el «Yo soy» el pronombre personal «yo» y el valor del verbo *esse*, –valor definido, en la filosofía perenne, por la tesis de la analogía del ser–, indican la persona del Unigénito de Dios, encarnado. Aquí, en las autodefiniciones implícitas, lo que aparece es un adverbio de lugar *hic*, precedido y explicado por una comparación demostrativa de la trascendencia divina de la persona situada en ese *hic*, en el tiempo, en la hora exacta y en las circunstancias concretas de lugar, que motivan la declaración.

El asiduo, atento y sobre todo devoto lector de los cuatro Evangelios se siente poderosamente impresionado por la continua vigilancia, el permanente seguimiento persecutorio, el reiterado intento de apresarlo y aun de apedrearle, con que la mancomunidad de los fariseos, los escribas, los saduceos y la misma autoridad judía seguían y perseguían, movidos por el odio, a Jesús, Dios hecho hombre. Durante toda su vida pública Jesús

no se vio libre en momento alguno del clima adversario, enemigo, que lo envolvía. Los episodios, que a continuación se explican, prueban el valor implícito y real de la divinidad del Señor.

«Aquí hay algo más grande que... »

Territorio, Galilea. Tiempo, cerca de la Pascua. Era un sábado. El grupo de los Apóstoles, presidido por el Señor, iba de camino por uno de los estrechos senderos abiertos entre los trigales. El ecónomo del grupo debió de fallar. No tenían qué comer. Estaban hambrientos. Y empezaron a arrancar espigas y comer los granos de trigo. Y he aquí que los fariseos, que los seguían, como la sombra al cuerpo, se adelantaron y acusaron al Señor de que sus discípulos violaban el descanso sabático.

Jesús los miró detenidamente. Y deshizo la falsa acusación. En primer lugar, con el testimonio de la Escritura. Citó el ejemplo de David y de sus hombres, cuando comieron los panes de la proposición (1 Sam 21,2-7), y cerró el recurso justificativo con las palabras de la propia Ley (Ex 25,30; Lev 24,5.9) y la sentencia perenne de Oseas 6,6.

Y añadió unas palabras de auto-identificación concluyente, conexas con la mención del templo: «Pues yo os digo que "hay aquí algo" más grande que el templo» (Mt 12,6). Para los judíos el templo de Jerusalén era lo más grande del mundo, pues era la morada de Yahvé con su pueblo. Y al reforzar Jesús su afirmación con la sentencia siguiente dejó a los acusadores sin respuesta: «El Hijo del hombre es señor del sábado» (Mt 12,8).

Sabido es que San Mateo, en su estilo narrativo, no siempre se ajusta a un estricto orden cronológico. En el mismo capítulo 12 inserta al final una nueva y estructuralmente idéntica sentencia comparativa, que consta de dos momentos iguales. Estaban ya los fariseos decididos «a planear el modo de acabar con Jesús» (Mt 12,14) y algunos maestros de la Ley le pidieron que hiciera una señal milagrosa, una prueba extraordinaria de su personalidad. Y Jesús respondió que a aquella «generación malvada y adúltera (...) no se le dará otra señal que la del profeta Jonás (...) y "aquí hay algo", que es más que Jonás» (Mt 12,41).

Y mostrando su extraordinario dominio de los libros del Antiguo Testamento, añadió otra cita, abierta a la misma conclusión identificadora: «La reina del sur (...) vino de los confines de la tierra para escuchar la sabiduría de Salomón, y "aquí hay algo" que es más que Salomón» (Mt 12,42).

«Antes que Abrahám naciera...»

Queda por consignar una auto-declaración, que explica y refuerza las anteriores autodefiniciones implícitas. Una vez más el Señor se manifiesta como Dios ante la cerrada hostilidad total, con que los fariseos y los maestros de la Ley le perseguían. Ese pronombre indefinido –algo–, que designa una realidad concreta, que no se quiere nombrar, cobra ahora los perfiles definidores de la divina personalidad de Jesús, Verbo de Dios, hecho hombre.

Lugar, Jerusalén. Tiempo, en torno a la fiesta de los Tabernáculos. Sitio: el gazofilacio del Templo. Largo y denso capítulo, el capítulo 8 del Evangelio de San Juan. Atravesado todo él por las asechanzas de los fariseos y demás compañía (3.13.22.31.39.45.57).

El Señor denuncia claramente que quieren eliminarlo, matarlo (8,40). Los judíos pretender justificar su persecución, apelando a que ellos son los legítimos descendientes de Abrahám: «Nuestro padre es Abrahám»; apelación a la que responde Jesús con enorme dureza: «Vosotros sois hijos del diablo y queréis cumplir los deseos de vuestro padre» (8,44).

Y llega el momento de la controversia, que interesa a nuestro propósito. Le preguntan a Jesús: «¿Por quién te tienes?».

Respuesta del Señor: «Vuestro padre Abrahám se alegró deseando ver mi día; lo vio y se regocijó».

Contrarréplica farisaica: «No tienes cincuenta años, y ¿has visto a Abrahám?».

Sentencia autodefinitoria decisiva de Jesús: «Os aseguro que antes que naciera Abrahám, yo soy» (8,53-58).

El «yo soy» de las autodefiniciones explícitas reaparece en esta última afirmación de las implícitas. Con ese «yo soy», del verbo griego «ser, *eimí*», distinto del de simplemente «nacer, *genészai*», aplicado a Abrahám, Jesús afirma así su preexistencia eterna, la que Juan consignó en el capítulo inicial

de su Evangelio, (1,1), y confirmaría con las palabras del mismo Señor en la Última Cena (Jn 17,5.24).

Entendieron los adversarios tan bien la respuesta, que cogieron piedras para apedrear al Señor. Pero éste, dueño siempre de las situaciones, se ocultó y salió del Templo.

Piensan algunos, con razón, que San Juan es el evangelista, que vuela más alto y el que en cierta medida se adentra en las honduras, no simplemente abisales, sino divinas de nuestro Señor, Jesús y del entero misterio de la santísima Trinidad.

A sus tenaces adversarios Jesús los desafió con palabras, que sólo el Verbo encarnado podía y puede pronunciar: «¿Quién de vosotros me puede acusar de pecado?» (Jn 8,46). Desafío lanzado a los enemigos de entonces y a los adversarios de todos los tiempos. Y en su despedida de los Apóstoles lo confirmó, abriendo horizontes infinitos: «Yo no soy del mundo» (Jn 17,16), ni del mundo humano desordenado, ni del universo por Él creado. Y en dos ocasiones lo amplió: «No estoy solo, porque el Padre está conmigo» (Jn 16,32), ya que «el que me envió está conmigo, no me ha dejado solo» (Jn 8,29). Anteriormente, tras el sermón de la Eucaristía, lo había manifestado con absoluta claridad: «Yo y el Padre somos una sola cosa» (Jn 10,30).

Como cierre de este denso capítulo, place citar una acusación de los fariseos, que en realidad se convirtió y se convierte en el reconocimiento de la divinidad de nuestro Señor Jesús: «No queremos apedrearte por una obra buena, sino por una blasfemia, porque tú, siendo hombre, te consideras Dios» (Jn 10,33). Y lo era, y lo es y lo será. Cadena de declaraciones, cristológicas unas, trinitaria otras, abiertas de par en par a la consideración devota, a la meditación atenta, a la contemplación recoleta, y al hondo silencio interior de la escucha agradecida.

Capítulo 3

LAS SANTAS «HUIDAS» DEL SEÑOR

Es un hecho, reiterado y aleccionador, de la vida de nuestro Señor Jesús, el de las frecuentes evasiones con que sabía eludir los reiterados intentos de agresión e incluso de detención, que sufrió durante su vida pública. Constan algunas en los relatos evangélicos. Probablemente no estén todas. Pero las que conocemos bastan como prueba concluyente de este comportamiento ejemplar de nuestro Salvador.

Tenía fijada su «hora» (cf. Jn 2,4;7,5.30;8,20), determinada no por los hombres, sino por el Padre eterno. Y nadie podía arrebatarle su vida en el tiempo. Era Él quien la entregaba por amor al Padre y por amor a los hombres.

La huida a Egipto

Recién nacido, adorado por los pastores, y adorado poco después por los Magos de Oriente, avisado José por el ángel tuvo que huir inmediatamente con el Niño y con su Madre y de noche a Egipto. El cruel Herodes, burlado por los Magos, ordenó la matanza de los Santos Inocentes. Fue la primera huida de Jesús (Mt 2, 13-16).

En Nazaret

Tras las tentaciones en el desierto de Judá, Jesús regresó a Nazaret, «donde se había criado», y entró un sábado en la sinagoga. Leyó y comentó un pasaje de Isaías. Intuyendo la reacción y las pretensiones puramente localistas de algunos oyentes, habló, con cierto tono intencionado de reproche dirigido a ciertos oyentes, de la conducta valiente y de la amplitud de miras de Elías y de Eliseo.

Enfurecidos los localistas del auditorio, lo expulsaron de la sinagoga y lo condujeron violentamente apresado hasta la cima de un monte cercano no cortado a pico, «para precipitarle desde allí; pero Él, atravesando por en medio de ellos, se fue» (Lc 4,29-30). Importa subrayar el hecho de que detuvo ante el precipicio a los mismos, que querían matarlo. Se volvería, los miraría, impuso silencio y respeto, le abrieron camino y se marchó.

En las cercanías de un pueblo de Galilea

Había el Señor curado en plena sinagoga a un hombre que tenía la mano seca, inmóvil. Y era sábado. Los fariseos y los herodianos le habían preguntado, con intención de denunciarle, si era lícito curar en sábado. Contestó el Señor «que está permitido hacer el bien en sábado». Y curó al enfermo. Los fariseos: «al salir, se pusieron a planear el modo de acabar con él». Y «Jesús, al enterarse, se alejó de allí» (Mt 12, 9-15). Pero le siguieron muchos enfermos. Los curó a todos y les ordenó «severamente» que no lo publicaran (16).

Jerusalén, piscina probática

Curó Jesús «instantáneamente», también en otro sábado, al paralítico de la piscina probática, de Jerusalén. Llevaba enfermo treinta y ocho años. Lo supieron los tozudos fariseos y hablaron con el curado. Éste dijo que no conocía el nombre de su bienhechor. Los fariseos se enteraron y buscaron a Jesús, pero «ya se había retirado de entre la mucha gente allí reunida» (Jn 5,13).

En Galilea, sus familiares

Se hallaba el Señor por Galilea. Sus familiares, amigos de lo espectacular y del éxito temporal, le pedían que marchara a Jerusalén, a la fiesta de los Tabernáculos, para darse a conocer. Y Jesús les dijo que no, «porque el mundo me odia» y «porque los judíos le buscaban para matarle» (Jn 7,1-12).

En Cafarnaúm

En cierta ocasión, un leproso se acercó a Jesús, pidió que le curara y el Señor accedió, y le tocó con su mano, *tetigit eum*, lo cual estaba legalmente prohibido. El Señor amonestó severamente al curado, le ordenó que cumpliera lo prescrito por la Ley, y que no se lo dijera a nadie. Pero el curado pregonó a voces su curación.

Al oírlo el Señor y ver el alboroto, que se formaba, y ante la probable acusación de haber tocado en sábado a un leproso, Jesús se alejó y durante un cierto tiempo esquivó toda presentación en público. Se retiró a lugares desiertos (Mc 1,40).

En Jerusalén de nuevo

Subió Jesús de Galilea a Jerusalén, con motivo de la fiesta de los Tabernáculos, pero «no públicamente, sino en secreto». Mediada la fiesta, predicó en el Templo. Los príncipes de los sacerdotes «querían apresarlo, pero nadie puso en Él las manos». Enviaron alguaciles para detenerlo. Fueron, le escucharon y regresaron sin Él. Los alguaciles declararon: «Jamás hombre alguno habló como este ha hablado» (Jn 7,32.46).

Invierno, Jerusalén

De nuevo en Jerusalén. Época, el invierno. Fiesta de la Dedicación. Jesús «se paseaba por el pórtico de Salomón». Se vio rodeado de los fariseos y de los escribas. Dura y prolongada polémica. Quieren una vez más detenerle y lapidarle por blasfemo, «pero Él se deslizó de entre sus manos» (Jn 10,39).

Junto al lago

Ante la conducta de Jesús respecto de la observancia del sábado, conducta reiterada, los fariseos, reunidos en consejo «deciden apresarlo». Pero «Jesús, al enterarse, se alejó de allí» (Mt 12,15).

En pleno campo

Al terminar la primera multiplicación de los panes y de los peces, en cuyo reparto intervinieron los Apóstoles, la multitud agradecida y entusiasta quería considerarlo como rey, como el prometido Mesías liberador de Israel. Tomó el Señor una primera medida: obligó a los Apóstoles a que inmediatamente se embarcaran y cruzaran el lago. Segunda medida: despachó a la multitud y ordenó que se volvieran a sus pueblos. Quedó solo. «Y una vez que despidió a la multitud, se fue al monte a orar» (Mc 6,45-46). Consigna también San Juan esta santa huida: «Jesús, dándose cuenta de que querían llevárselo para hacerle rey, se retiró otra vez al monte solo» (Jn 6,15).

En el Templo

Estando Jesús en el Templo, los fariseos, en un duro encuentro dialéctico con Él, se gloriaron de ser los descendientes legítimos de Abrahám, pretensión que el Señor deshizo, afirmando que eran hijos del diablo y añadiendo que «antes que Abrahám naciese, soy Yo». Al oír esta declaración, agarraron piedras para lapidarle, pero una vez más «Jesús se ocultó y salió del Templo» (Jn 8,59).

Iban a lapidarle

También en otra ocasión los fariseos quisieron lapidarle, como blasfemo, porque decían que, siendo simple hombre, se hacía Dios. Y también entonces «una vez más se les escapó de las manos» (Jn 10,31.39).

Otra vez en Jerusalén

Había estado en Betania. Al día siguiente vino a Jerusalén. Entrada triunfal (Jn 12,12). Se acercaba «la hora». El Señor, dato conmovedor, confesó: «Ahora estoy profundamente angustiado» (27). Se veía rodeado de gente. Le preguntaron y contestaba, advirtiendo que «por poco tiempo está aún la luz entre vosotros». Y «dicho esto, se fue y se escondió de ellos» (Jn 12,36).

Reflexión final

¿Qué pensar ante este catálogo incompleto de santas huidas del Señor? Dos miradas pueden dibujarse a este propósito: una, al Señor, a Jesús; y otra, a nosotros mismos.

Mirada preferente, absorbente, la dirigida al Señor. Toda su vida pública fue en gran parte una especie de continuado pre-calvario. Por la enemiga constante y creciente de todos los grupos dirigentes de Israel; por los abandonos ocasionales de muchos que lo creyeron Mesías político y se desengañaron; por la incomprensión de no pocos de sus paisanos galileos; por la misma lentitud y los intereses temporales de algunos de sus propios Apóstoles. Y sobre todo por la traición de Judas y la claudicación escéptica de las autoridades romanas.

Esta obligada comprobación no elimina el hecho, también comprobado, de la obediencia, de las amistades, del seguimiento y admiración amorosos, que rodearon al Señor en los años de su vida pública. De esta primera mirada adorante es asimismo obligado reconocer, admirar y asimilar el ejemplo permanente, divino, de la fortaleza, paciencia, y constante coherencia, con que nuestro Señor Jesús cumplió la misión redentora, que la Trinidad santísima le había encomendado.

Él personalmente nos urgió este cumplimiento: «Yo os he dado ejemplo, para que vosotros hagáis también como yo he hecho» (Jn 13,15).

Y queda la mirada hacia nosotros mismos ante este ejemplo singular y único de las santas huidas del Señor. Hay una primera especie elemental de huida: la del no aceptar, la del negarse claramente, sacrificadamente a las pretensiones laicistas de las ideologías antievangélicas y antihumanas, movidas y sostenidas por el impulso de la mentira. Primera forma de santa huida común y obligatoria, que actualmente está adquiriendo volúmenes de alcance universal diario.

Segunda forma de huida: la de aceptar el sufrimiento, la de no esquivar el rechazo natural ante el dolor, la de aceptar los daños y pérdidas personales, que el cumplimiento fiel de las enseñanzas evangélicas puede acarrearnos. Hay daños temporales, que son beneficios eternos, y mueven a la acción de gracias al Señor. El divino catálogo de las bienaventuranzas sigue alzado, como garantía del genuino servicio del Señor.

Es moralmente lícito e incluso obligatorio curar, con los procedimientos y los medios médicos y medicinales, las crisis de la salud, pero cuando las enfermedades se tornan incurables, no vale la huida. Se impone la hora de la llamada del Señor y hay que decirle que sí. Y esto vale ante toda especie de sufrimiento físico, psicológico y moral.

Hay huidas santas y huidas que no lo son

Santa fue la huida del gran profeta Elías, cuando tuvo que librarse de la amenaza de muerte de la idólatra Jezabel; y marchar por orden del Señor al monte Horeb (1 Reg 19,3), y aguardar allí la teofanía anunciada por Yahvé.

Hay, en cambio, huidas o intentos de huida no santos. Cuando Jeremías recibe el encargo de Yahvé de que acepte la orden «de profeta de la na-

ción» prostituida, y pone como pretexto evasivo que no sabe hablar y que solo es un niño, el Señor insiste y Jeremías obedece. No huyó.

En torno a la primera Iglesia de Roma, la fundacional presidida durante varios quinquenios por el Apóstol Pedro, se ha tejido una preciosa leyenda, la del *Quo vadis*, que sin dejar de ser leyenda, encierra una ejemplar lección sobre las huidas inaceptables. Quiso Pedro dejar Roma y cuando se alejaba de ella, se le apareció el Señor. Extrañado, Pedro le preguntó: «*Domine, quo vadis*?». Y Jesús le respondió: «Voy a Roma a ser de nuevo crucificado». Lo entendió el Apóstol y regresó. No debía huir. Le esperaba la muerte crucificado como su Señor, pero cabeza abajo.

Y hay otro caso de amago de huida santamente rechazada. La de Pablo a punto de entrar en la ciudad de Corinto. Venía profundamente afectado por el fracaso del areópago de Atenas. Y conocía la generalizada descomposición moral de aquella singular ciudad: temió, dudó, vaciló. Pero el Señor le advirtió, le consoló y desapareció la tentación de huida.

En la ya bimilenaria historia de la Iglesia todo un inmenso número de mártires –*martyrum candidatus exercitus*– prueba que ante la amenaza de muerte por fidelidad a Jesús, por obediencia a Dios, no cabe huir, sino aceptar la suprema prueba de amor al Señor. La pérdida violenta de la vida temporal es garantía divina de la inmediata entrada en la vida bienaventurada eterna.

Capítulo 4

LAS PREGUNTAS DEL SEÑOR

Reúnense en este capítulo algunas preguntas del Señor hechas en ciertas ocasiones, *ibi et tunc*, entonces, que tienen resonancia pública plena e interior, también hoy, *hic et nunc*, en la conciencia del cristiano humildemente atento a las palabras del Señor.

- Poseen estas preguntas el valor de permanencia, que tienen las palabras del Maestro: *Verba mea non transibunt*, «mis palabras no pasarán», no sufrirán los desgastes del tiempo (Mc 13, 31), que necesariamente sufren todas las palabras meramente humanas, absolutamente todas, por muy altisonantes que sean.
- Los Evangelios recogen naturalmente sólo algunas preguntas. Muchas se han perdido. Pero las que han quedado merecen lenta consideración, pues encierran en su misma contextura gramatical graves enseñanzas, explicadas por las circunstancias, en que cada pregunta surgió. Dado el número de preguntas recogidas, las agrupo en apartado propio según los destinatarios concretos de las mismas.

I. Jesús pregunta a los Apóstoles

Quid quaeritis?
«¿Qué buscáis?» (Jn 1,38)

En Betania, al otro lado del Jordán, donde Juan el Bautista se encontró con Jesús; y dos de sus discípulos, Felipe y Juan, siguieron a Jesús, quien volviéndose hacia ellos les preguntó qué buscaban, qué querían.

Quid in via tractabatis?
«¿De qué hablabais en el camino?» (Mc 9,37)

En Cafarnaún, en la casa de Pedro. Por el camino los Apóstoles habían hablado entre sí y discutido «sobre quién entre ellos será el más impor-

tante». El Señor lo había advertido y por eso pregunta. Con cierto tono de reproche y de acentuación de la humildad, no del afán de mayorías. El que manda está obligado a servir a los demás, no a servirse de los demás.

Quot panes habetis

«¿Cuántos panes tenéis?» (Mc 8,5)

En la segunda multiplicación de los panes. Los numerosos oyentes «no tenían qué comer». Jesús pregunta, a los Apóstoles sabiendo que nada tenían para tantos. Los prepara así para que comprendan que es Él el que hará el milagro. Sin el poder del Señor nada podían ellos, simples hombres.

Etiam vos vultis abire?

«¿También vosotros queréis marcharos?» (Jn 6,67)

Pregunta decisiva. Tras el sermón del Señor anunciando el nuevo pan de la Eucaristía, el «Yo soy el pan de vida», «muchos de los seguidores de Jesús se volvieron atrás» y «le abandonaron». Y el Señor pregunta a sus Apóstoles si también ellos quieren abandonarle. Pregunta de corazón herido, a la que responden con agradecida fidelidad los doce.

Quem me esse dicitis?

«¿Quién decís que soy yo?» (Mt 16,15)

Pregunta capital, definidora. En la región de Cesarea de Filipos. Momento y hora trascendentales. En la intimidad. Pedro responde por todos, afirmando su fe en la persona y en el ministerio de Jesús, su Señor y Maestro. Y Jesús concede a Pedro la jefatura del grupo, el Primado perpetuo de la santa Iglesia.

Sic et vos imprudentes estis?

«¿Así que también vosotros no entendéis?» (Mc 7,18)

Tras la multiplicación de los panes y de regreso ya en casa, recrimina Jesús a sus Apóstoles el que no entiendan las enseñanzas, que encierran y subrayan las parábolas.

Nondum cognoscitis nec intelligitis? Caecatum habetis cor vestrum? Oculos habentes non videtis et aures habentes non auditis?... Nondum intelligitis?
«¿Aún no entendéis ni caéis en la cuenta? ¿Teniendo ojos no veis y teniendo oídos no oís?... ¿Todavía no caéis en la cuenta?» (Mc 8.17-18.21)

Jesús les había avisado de que se guardaran de la levadura de los fariseos y también de la de Herodes. Los Apóstoles entienden que les habla del pan: «No lo hemos traído». Y el Señor, con paciencia extremada, pero también con repetida energía, reprende su falta de consideración, su dureza de juicio.

Intellexistis haec omnia?
«¿Habéis entendido todo esto?» (Mt 13,51)

Pregunta que hace el Señor a los Apóstoles, tras la exposición de las parábolas, que Mateo concentra, del sembrador, de la cizaña, de la mostaza y de la levadura, de la red barredera, del tesoro escondido y de la perla preciosa. Preguntaba el Maestro, porque por experiencia sabía que los discípulos le pedían luego la explicación, el sentido de la parábola. No eran escribas. Eran sujetos rudos, sin estudios, de lenta captación, pero leales y entregados plenamente al Señor.

Hoc vos scandalizat?
«¿Esto os escandaliza?» (Jn 6,62)

Tras declarar y prometer «el pan de vida» como necesario alimento espiritual del hombre, Jesús comprueba que «muchos de los discípulos», no los Apóstoles, comentaban que lo que decía el Señor «es inadmisible. ¿Quién puede aceptarlo?». Y alza el Señor bien alta la pregunta, ante la clave del *mysterium fidei,* que como respuesta exige el firme rendimiento pleno de la fe.

Quid existis videre in deserto?
«¿Qué habéis ido a ver en el desierto?» (Mt 11,7)

Tras recibir a los discípulos del Bautista, ya encarcelado, y darles la debida respuesta, Jesús se dirigió a cuantos le rodeaban y alabó la grandeza moral y espiritual del Bautista. «Os aseguro que no ha nacido de mujer nadie mayor que Juan Bautista... Él es Elías, el que había de venir» (Mt 9, 11.14). Entre los oyentes se hallaban los Apóstoles.

Scitis quid fecerim vobis?
«¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros?» (Jn 13,12)

Inicio de la Última Cena. Tras el lavatorio de los pies de los Apóstoles. Pregunta para reforzar y delinear con absoluta claridad el ejemplo de humildad, de servicio, de huida de los puestos de altura en la vida apostólica. Que el gobernar es servir. Que mandar exige el olvido del propio interés.

Tanto tempore vobiscum sum et nondum cognovisti me, Philippe?
«Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, ¿y todavía no me has conocido, Felipe?» (Jn 14,9)

Pregunta que brota del corazón de Cristo, cargada de desengaño y de reproche amoroso. No le han comprendido todavía. Tiene cierto tono denso de lamento este interrogante. Un reproche individualizado, pero con potencial generalizado a todo el Colegio apostólico. Se acercan Getsemaní y el Calvario. Había que esperar la visita del Resucitado y la posterior presencia rectora del Paráclito.

Non credis quia Ego in Patre et Pater in me est?
«¿No crees que Yo estoy en el Padre y que el Padre está en mí?» (Jn 14,10)

Interrogación que continúa y explica la anterior con la explícita revelación de la unidad trinitaria. Todo lo posterior del sermón de la Última Cena sirve de desarrollo de esta pregunta y de esta respuesta del Señor.

Non potuistis una hora vigilare mecum?
«¿No habéis podido velar conmigo una hora?» (Mt 26,40)

Getsemaní. Oración desgarradora del Señor al Padre. Soledad inmensa de Jesús. Somnolencia de los Apóstoles. Ni siquiera tuvo el consuelo de la compañía de éstos, de sus íntimos. Pregunta que sirve para entender y vivir en la vida del espíritu las horas y aun las épocas de absoluta soledad y de persistente silencio del Señor.

Ubi est fides vestra?
«¿Dónde está vuestra fe?» (Lc 8, 25)

Lago de Genesaret. Jesús ordena a los Apóstoles cruzar en barca el lago. Se duerme, cansado de las fatigas del día. Se levanta una fortísima borrasca. Jesús sigue dormido sobre un cabezal de la barca. Los Apóstoles, aterrados, le despiertan. Jesús se levanta y ordena al mar y al viento calma y silencio. Los Apóstoles, asombrados. Y el Señor les pregunta sobre le realidad de la fe de ellos, que se preguntan con motivo: «¿Quién es éste, que manda incluso a los vientos y al agua y le obedecen?».

Quid turbati estis, et quare cogitationes ascendunt in corda vestra?
«¿Por qué os turbáis y surgen dudas en vuestros corazones?» (Lc 24, 38)

Nada tiene de extraña la sensación de miedo y aun de terror de los Apóstoles, encerrados en el Cenáculo. La presencia repentina, instantánea, inesperada de Jesús aumentó el miedo, que a los judíos tenían, y les llenó de asombro. La pregunta del Señor intenta apaciguar los ánimos. No lo logra en el primer momento. Por eso pide de comer. Los Apóstoles se rehacen y se convencen. Pedro y Juan hacen el resto. Jesús, el Maestro, el Señor, crucificado y sepultado, ha resucitado. Es Dios. El temor desaparece, sustituido por la seguridad, la certeza y los dones, que Jesús imparte a los Apóstoles allí mismo para impulsarlos a la evangelización. Deben permanecer en Jerusalén hasta que reciban el Espíritu Santo. El Cenáculo, de golpe, se ha convertido de refugio del miedo en estancia de la gloria.

Quia vidisti me, credidisti!
«¡Porque me has visto, has creido!» (Jn 20,29)

No es pregunta. Es exclamación, mezcla de reprensión cariñosa y de universal advertencia. «Bienaventurados los que sin ver, creyeron». En cierta ocasión Tomás había exhortado a sus compañeros, camino de Jerusalén, a morir con el Señor. Era tozudo y demasiado apegado a su propio parecer. Pero tuvo el gesto de dejarnos la inmensa jaculatoria del reconocimiento rendido y super-devoto del «Señor mío y Dios mío». El Cenáculo quedaba transformado en el nuevo templo de Jerusalén.

Pueri, numquid pulmentarium habetis?

«¿Muchachos, tenéis a mano algo que comer?» (Jn 21,5)

Han pasado varias semanas desde la tarde gloriosa del Cenáculo. Están en Galilea, en el lago, siete Apóstoles. Han pasado toda la noche pescando. Inútilmente. Regresan a la orilla y divisan a un galileo, que tiene un fuego encendido. No lo conocen, pero Juan lo reconoce: «Es el Señor». A la pregunta responden que nada traen. El para los demás Apóstoles desconocido sujeto de la orilla, les dice que echen la red a la derecha. La echan y la sacan llena de 152 grandes peces. Bajan todos a la orilla, se reúnen con el Señor, Jesús, quien les invita a desayunar. El Maestro, resucitado, sigue todavía con ellos. Falta poco para la despedida, para la Ascensión, el regreso al Padre, pero permaneciendo oculto entre nosotros en la Eucaristía.

Simon Ioannis, diligis me plus his?

«Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?» (Jn 21,5)

Es la última pregunta de Jesús a los Apóstoles. Dirigida personalmente a Pedro, cabeza del Colegio apostólico. Repetida tres veces. Y contestada firmemente y humildemente otras tres veces por quien, en la noche de la Pasión del Señor, negó tres veces conocer a su Maestro. Se advierte una diferencia significativa. En la primera pregunta es el propio Señor el que pide que el amor de Pedro sea superior al de los demás Apóstoles. Este dato diferencial desaparece en las dos siguientes preguntas, las cuales incluyen dos verbos similares, pero distintos: amar, *diligere*, *agapáo*, en la segunda interrogación; y querer, *amare, philéo*, en la tercera y última.

II. Jesús pregunta a varios sujetos

I. Durante la vida pública

Tu es magister Israel et haec ignoras?
«¿Tú eres maestro de Israel e ignoras esto?» (Jn 3.10)

En Jerusalén. De noche. Un fariseo, miembro del *sanhedrín*, visita a Jesús, hospedado en la casa de un discípulo. Larga conversación. Nicodemo, ya de edad avanzada, reconoce la autenticidad de la enseñanza de aquel joven rabino. Le escucha, propone dificultades y Jesús las resuelve, abriendo perspectivas reales inéditas, ignoradas de los sabios de Israel. El visitante acaba convencido. Será ya discípulo de Jesús. Juan recuerda, al redactar su Evangelio, este encuentro, cuyo contenido, sin duda, se lo refirió el propio Jesús.

In Lege quid scriptum est? Quomodo legis?
«¿Qué es lo que está escrito en la Ley?¿Cómo lees?» (Lc 10,26)

De nuevo con un hombre versado en la Escritura, un escriba. Pero con otro signo. Probablemente en una sinagoga, por el dato significativo de la pregunta y de la respuesta. Con intención de tentar a Jesús, de probarlo. Pero a la pregunta del escriba no responde el Señor, sino que repregunta. Y el escriba cita con exactitud los textos de Deuteronomio 6,5 y Levítico 19,18. Y Jesús cierra el diálogo con una conclusión, que es alabanza y advertencia al mismo tiempo: «Has respondido muy bien. Haz esto y vivirás». Pero el escriba insiste y pregunta quién es su prójimo. Y dio ocasión al Señor para explicar la divinamente maravillosa parábola del buen samaritano.

Quid vis?
«¿Qué quieres?» (Mt 20,21)

Probablemente en Jericó camino de Jerusalén. Los doce con el Señor. Les acompaña la madre de los Zebedeos, Santiago el Mayor y Juan. Curiosa, íntima y ejemplar pregunta. Jesús ve sorprendido que la madre de los dos se le acerca y se pone de rodillas delante de Él. Están de pie con ella sus dos hijos. El Señor le pregunta qué quiere. Y ella, tocada

de esperanzas temporales y movida por el cariño materno, pide a Jesús que sus dos hijos ocupen en el futuro reino los puestos más altos. Jesús miró con amor a aquella bendita madre, que un día le acompañaría en el Calvario, habló con los pretendientes y les enseñó el camino y la naturaleza del reino de Dios, al que ya pertenecían.

Quis est qui me tetigit?

«¿Quién es el que me ha tocado?» (Lc 8,45)

Pregunta vinculada a un milagro singular por sus características. Se hallaba el Señor en una de las ciudades de la Decápolis, cercana al lago. Ciudad helenística, sirofenicia, con fuerte presencia judía. Jesús con sus Apóstoles va camino de la casa de Jairo, rodeado de una numerosa compañía de seguidores y de simples curiosos.

Entre aquellos se encuentra una mujer no israelita, que enferma desde hacía doce años, no logró la curación de su hemorragia. Y movida interiormente por una fuerte atracción se acercó al Señor y sin decir palabra, ni hacer petición alguna, tocó simplemente una de las dos orlas del manto de Jesús, y al instante quedó curada.

Jesús se volvió y preguntó quién le había tocado el manto. Los Apóstoles, y concretamente Pedro, le comentaron extrañados que cómo preguntaba tal cosa, si estaba rodeado de una masa de seguidores, que literalmente le apretujaban. Jesús insistió, siguió mirando a su alrededor. Y la mujer curada, temerosa, se acercó al Señor y confesó su atrevimiento y su curación subitánea. Y el Señor, lejos de reprenderla, la confirmó tranquilizándola, diciéndole: «Tu fe te ha curado».

Nonne decem mundati sunt? Et novem ubi sunt? Non sunt inventi qui redirent, ut darent gloriam Deo, nisi hic alienigena?

«¿No han sido diez los curados? ¿Dónde están los nueve? ¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios, sino este extranjero?» (Lc 17,18)

Esta pregunta llama la atención, porque el Señor la repite tres veces. De camino a Jerusalén, en una aldea de Samaría le salieron al encuentro diez leprosos, que a la debida distancia le pidieron que los curara. Como res-

puesta, Jesús les ordenó simplemente que se presentaran a los sacerdotes, pero no los curó al darles esta orden. Obedecieron, sin embargo, y por el camino los diez quedaron curados.

Múltiple milagro simultáneo y a distancia. Jesús siguió su camino y esperaba que regresaran sanos los curados. Pero en vano. Solamente regresó uno, que se echó humilde y agradecido a los pies de Jesús. Y Éste preguntó por los demás, dolido de la ingratitud y reprendiendo el egoísmo de aquellos leprosos. Porque el que volvió era samaritano. Es el retrato de los pecadores sinceramente arrepentidos, que no cesan de dar gracias a su misericordioso Redentor.

Vis sanus fieri?
«¿Quieres curarte?» (Jn 5,6)

Jerusalén. En la llamada piscina probática. En la puerta, se halla sentado en el suelo y solo, sin ayuda, un enfermo, paralítico desde hacía treinta y ocho años. No podía bajar para aprovechar las ocasiones de curación en las aguas. Tras preguntarle, le cura instantáneamente el Señor. Y se complica el caso. Los fariseos se enteran e inmediatamente intervienen, indagan, se mueven, descubren la intervención de Jesús. Y le buscan, porque era sábado. Pero Jesús logra evadirse.

Licet sabbato curare an non?
«¿Es lícito curar en sábado o no?» (Lc 14,3)

Era sábado. Jesús, invitado, comía en casa de un jefe de los fariseos. Ante Jesús estaba un hombre hidrópico. Jesús pregunta. Los comensales atienden expectantes y callan. Jesús cura al enfermo. Y establece la verdad bajo el manto de una nueva pregunta, que, en realidad, es divina doctrina. «El Hijo del hombre es Señor del sábado» (Mc 12,8). Véase Jn 5,17-18; Mc 3,4-6; Mt 12,3-8).

Mulier, ubi sunt? Nemo te condemnavit?
«Mujer, ¿dónde están? ¿nadie te ha condenado?» (Jn 8,10)

Le traen detenida, arrastrada, a una mujer sorprendida en flagrante adulterio. Y la traen a Jesús para probarlo y ver si lo pueden acusar. Los fariseos exponen el caso, recuerdan la pena fijada por Moisés. Y le preguntan: «Tú,

¿qué dices?». Jesús escucha, los mira y calla. No responde. Se agacha y se pone a escribir algo en el suelo.

Reiteran la necesidad de respuesta. Jesús se alza y exclama: «El que de vosotros esté sin pecado, que inicie la lapidación». Sorpresa y silencio. Jesús se agacha de nuevo y sigue escribiendo. Y se inicia el desfile silencioso en retirada, de todos los acusadores. Quedan solos ella y Él. Pregunta Jesús: «¿Dónde están? ¿Se han ido todos? ¿Te ha condenado alguno?». Y ante la humilde respuesta negativa de la acusada, se oye la sentencia absolutoria del Señor y la advertencia de futuro: «Pues tampoco yo te condeno. Vete y no peques más» (8,12). La escena ofrece valores de universal resonancia en la vida del espíritu humano hundido por el pecado, y de la inmensa, infinita misericordia salvadora, perdonadora de Dios, de Jesús.

Tu credis in Filium hominis?

«¿Tú crees en el Hijo del hombre?» (Jn 9,35)

Tras el milagro de la curación del ciego de nacimiento, los fariseos iniciaron una detenida investigación para comprobar la intervención de Jesús. Tropezaron con la negativa de los padres del ciego curado y con la neta declaración de éste, de que su curador no podía ser pecador, sino santo. Ante tal manifestación los fariseos ordenaron su excomunión y le expulsaron de la sinagoga. Jesús lo supo, le buscó y le preguntó si creía en Él. Y el ciego curado por Jesús contestó: «Creo, Señor. Y se puso de rodillas» (38).

Quis ex vobis volens turrim aedificare, non prius sedens computat sumptus, si habet ad perficiendum?

«¿Quién de vosotros, si quiere edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene para terminarla?» (Lc 14,28)

Ésta es una pregunta colectiva, dirigida a la mucha gente que seguía al Señor. Algo tenían de turba aquellos seguidores. Por eso se dirige a todos. «El que tenga oídos para oír, que oiga». Hablaba Jesús de su seguimiento. Y usó comparaciones tomadas del arte de construir. El aviso lo repitió a continuación con la alegoría militar del rey que se prepara para luchar con otro. Advertencia que subraya la cautela, el realismo, el sacrificio, que el seguir a Jesús impone. Renuncias, abnegación, la entrega de la propia vida.

Quae est mater mea et qui sunt fratres mei?
«¿Quién es mi madre y quiénes son mis parientes?» (Mt 12,48)

Este texto de Mateo coincide temáticamente, aunque en ocasión distinta, con el paralelo de Lucas. Había venido la Virgen a ver a su Hijo. La acompañaban algunos parientes. Avisaron al Señor. Y Éste afirmó que «el que hace la voluntad de mi Padre es para mí mi hermano, mi hermana y mi madre». Esta expresión, recogida por los tres sinópticos, lejos de reducir la dignidad excelsa de la Madre de Dios, la subraya y la ensalza.

El criterio que Jesús establece tuvo en la santísima Virgen María expresión máxima, que ningún Apóstol, ningún santo, ningún otro fiel cristiano ha alcanzado. El texto de Mateo se yergue como testimonio personal de Jesús respecto de la santidad suprema de su santísima Madre. Es pieza capital de la teología mariana y de la entera espiritualidad cristiana.

Quid generatio ista signum quaerit?
«¿Por qué esta generación pide un milagro?» (Mc 8,12)

Una vez más los fariseos se le acercan para tentarlo. Y le piden un milagro, una señal del cielo, que acredite la verdad divina de las palabras de Jesús. Es curioso el dato divina y humanamente significativo, que el evangelista recoge: el «profundo suspiro» del Señor ante tal petición. Se advierte el cansancio de Jesús ante tantos y tan reiterados ataques. Y se negó a la petición farisaica: no se les dará milagro alguno. «Los dejó y se embarcó» (12).

Quid maius est: donum an altare, quod sanctificat donum?
«¿Qué es más, la ofrenda o el altar que santifica la ofrenda?» (Mt 23,19)

Es este el capítulo de San Mateo, que recoge la durísima reprensión del Señor a los fariseos y a los maestros de la ley. Si la fuerte indignación de sus «ayes» en el tiempo muestra la ira del Verbo encarnado, ¿qué será la ira de Dios condenando para siempre en el último día? La frase encierra, en primer lugar, una crítica acerada al afán del dinero sobrepuesto a la dignidad del culto a Dios. Y ofrece ocasión para recordar que para nosotros los cristianos el altar, el ara es Cristo, como recuerda la liturgia, maestra de vida: «Salve, ara, salve víctima, glorificada por la Pasión, en la que la Vida padeció la muerte y con su muerte nos devolvió la vida».

Filius hominis veniens, putas, inveniet fidem in terris?
«Cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?» (Lc 18,8)

Clara referencia a la parusía o Juicio Final, que cerrará el tiempo y clausurará la historia de la humanidad. Y esa fe es la fe en Jesús, Verbo humanado, Redentor del hombre. Pregunta de indudable gravedad, anticipadora del giro de la humanidad bajo el imperio diabólico del Anticristo. Sobre la frialdad de los últimos tiempos habla el Señor en Mt 24,24, anunciando «falsos mesías y falsos profetas», maestros de la mentira y del engaño; y a la cabeza de todos ellos aparecerá «el hombre de la iniquidad, el hijo de la perdición» (2 Tes 2,3).

Multa opera bona ostendi vobis ex Patre; propter quod eorum opus me lapidatis?
«He hecho ante vosotros muchas obras buenas de parte del Padre; ¿por cuál de ellas me queréis apedrear?» (Jn 10,32)

Meses antes de la Pasión del Señor. Invierno. En el templo de Jerusalén. Jesús pasea por el pórtico de Salomón. E irrumpen nuevamente los fariseos para impugnarle una vez más. Y se disponen a lapidarlo allí mismo. Pero el Señor nuevamente se impone y pregunta. Y la contestación de sus permanentes adversarios reconoce la bondad de las obras del acusado: «No te apedreamos por ninguna obra buena». Y añaden como intento de justificación: te lapidamos «por haber blasfemado; porque tú, siendo hombre, te haces Dios». En efecto, en sus anteriores explicaciones lo había afirmado: «El Padre y yo somos uno» (10,30). Manifestación paladina de la divinidad del Hijo del hombre, frente a la negativa incrédula de los fariseos dictada por el odio. «Los judíos querían matarlo, porque no sólo violaba el sábado, sino que también llamaba a Dios su propio Padre, haciéndose igual a Dios» (Jn 5,18).

II. En la Pasión y en la Resurrección del Señor

Quem quaeritis?
«¿A quién buscáis?» (Jn 18,4.7)

Getsemaní. Las horas de la terrible agonía han pasado. La horda de siervos, alguaciles de los pontífices y un retén militar del pretorio se encuentra en el huerto. Jesús en pie. Domina la situación. Los Apóstoles, detrás de Él. Con voz poderosa pregunta, y al contestar los sayones, resuena el «Yo soy» dos veces, con una fuerza que hace que los de las primeras filas retrocedan y caigan. Es el «Yo soy» del Sinaí resonando de nuevo en labios de Jesús. Prendimiento. Atan las manos a Jesús y lo llevan a casa de Anás.

Quid me interrogas?
«¿Por qué me preguntas a mí?» (Jn18,21)

Lo llevaron a casa de Anás, suegro del pontifice Caifás. Jesús se vio sometido a la corrupta política familiar de las autoridades judías. Y Anás interroga a Jesús sobre sus discípulos y su doctrina. A la pregunta sobre los discípulos no responde el Señor. Y sobre su enseñanza, replica que ha sido siempre clara y pública. A la curiosidad doctrinal de Anás responde Jesús con otra pregunta, que es reproche al anterior pontífice, y neta afirmación de su inocencia. Interroga –responde el Señor– a cuantos me han oído. Bien conocía Anás por sus amigos y sus antiguos subordinados, los fariseos y los escribas, el contenido de las santas enseñanzas de Jesús. Y tras esta respuesta, sobrevino un incidente vergonzoso, en extremo humillante.

Quid me caedis?
«¿Por qué me pegas?» (Jn 18,23)

Al oír la respuesta de Jesús, uno de los guardias le dio un bofetón. Era la primera de las muchas vergüenzas y dolores, que el Señor iba a padecer en las próximas horas. Escena abierta al dolor, compasión y reparación del que amorosamente la contempla. Y la divina e inmortal respuesta de Jesús a la ofensa del cobarde y servil criado: «Si realmente he hablado mal, demuéstrame en qué; pero si he hablado bien, ¿por qué me pegas?».

A temetipso tu hoc dicis, an alii tibi dixerunt de me?

«¿Dices esto por ti mismo, o te lo han dicho otros de mí?» (Jn 18,34)

En el pretorio. Los judíos han traído muy de mañana a Jesús preso, para que la autoridad romana lo crucifique. El procurador Pilato rechaza tal petición en un primer momento. Pero advierte el odio de los acusadores y oye que este prisionero se autotitula rey de los judíos.

Pilato, sorprendido e interesado, entra con Jesús en el palacio. Y le pregunta sobre tal pretensión de realeza. Y Jesús, con asombrosa entereza y dominio de la situación, no contesta, repregunta. «¿Obedece tu interrogación a un interés personal u oficial tuyo, o más bien a la información y al odio de otros?». Sigue el diálogo entre el acusado y el dubitante procurador romano. Diálogo que sigue alzándose, como columna del Pretorio, en la que han quedado grabadas las horas y el diálogo como piezas de la imborrable memoria histórica de la redención de la humanidad.

Mulier, quid ploras? Quem quaeris?

«Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?» (Jn 20,15)

Había pasado el triduo anunciado por Jesús: las últimas horas del viernes, el horario del sábado entero, y ya amanecía la confirmación luminosa del tercer día. María Magdalena se hallaba sola, junto al sepulcro vacío. Llorando, porque alguien se había llevado el cuerpo del Señor. Se asoma de nuevo al sepulcro y ve a dos ángeles, que le preguntan por qué llora. Se vuelve y ve a Jesús a su lado, de pie. Piensa que es un labriego o un jardinero. Y a la pregunta de éste responde pidiéndole que le devuelva el cuerpo muerto de su Jesús y ella lo llevará a los Apóstoles. Y en ese momento el supuesto jardinero con la voz inolvidable e irrepetible de Jesús, le dice «María», y le encarga que avise a los Apóstoles. Y la Magdalena, envuelta en el gozo del encuentro con su Jesús resucitado, corrió como nunca había corrido y lo dijo a los del cenáculo: «He visto al Señor».

Quae?

«¿Qué ha pasado?» (Lc 24,19)

Es la última pregunta del Señor, recién resucitado y todavía entre nosotros. Y la más breve. Dos discípulos, tras abandonar la casa del Cenáculo, cami-

naban desolados, deshechos en dirección a la cercana Emaús. Todo había concluido. Cierto que algunas de las mujeres del Cenáculo habían afirmado que el Maestro querido había resucitado y que el sepulcro estaba vacío. Pero los dos, que caminaban hacia su finca de Emaús, iban desconcertados.

Tras un recodo del camino, otro individuo, caminante como ellos, se les acercó. De buena presencia y de forma correcta, se unió a ellos y les oyó la causa de por qué iban tan tristes. Extrañados le preguntaron si no se había enterado de lo sucedido en Jerusalén. Repuso el interrogado preguntándoles a su vez que qué era lo que había sucedido en la ciudad. Y al oír lo sucedido y comprobar la causa del desaliento de ambos, el extraño peregrino cambió el tono de su voz, les reprendió y les dio toda una prieta lección del sentido y de la realidad de lo sucedido, demostrando un profundo conocimiento de las Escrituras.

Llegaron a la finca, le invitaron, encantados, a que se quedara con ellos. Aceptó. Y cuando estaban cenando, al partir el pan lo reconocieron. Era Jesús resucitado, el Señor. Y de golpe desapareció. Inundación de consuelo. Regreso inmediato a Jerusalén. Confirmación en el Cenáculo de la resurrección y repentina aparición de Jesús. Era verdad.

III. Tres preguntas excepcionales

Quid est quod me quaerebatis? Nesciebatis quia in his, quae Patris mei sunt, oportet me esse?

«¿Por qué me buscabais?¿No sabíais que yo debo ocuparme en los asuntos de mi Padre?» (Lc 2,49)

Singular y no fácil de entender esta excepcional pregunta. Ni la Virgen, ni José la comprendieron. Y con motivo. Es la primera pregunta del Señor, que consta en los Evangelios. Dos pasos se siguen en este análisis. Examen, primero, por separado de las dos preguntas. A continuación se indaga la conexión de ambas.

El «¿por qué me buscabais?» no sólo es desconcertante. Es además impropio de un hijo, que sin decir nada a sus padres, sin avisarles, se queda en Jerusalén tres días, y causa en ellos las angustias, prolongadas, de la incertidumbre y de la búsqueda. En lo puramente humano, de tejas abajo, la pregunta del joven Jesús, sola, no satisface.

Segunda pregunta, conexa inmediatamente con la anterior. Justificación de lo sucedido. Jesús, aquel singular adolescente, que suscitaba la admiración de los maestros de la Ley, afirma ante sus padres que tiene que atender, que tiene que ocuparse «de los asuntos», de las cosas de su Padre. Jesús, doceañero, revela a su santísima Madre y a su padre José, que Él tiene otro Padre. Lo oyen, callan, se miran sin comentarios. José recuerda el aviso nocturno del ángel para huir a Egipto. Ella, la Virgen María, la Madre, une esta sorprendente revelación al anuncio de Gabriel en la Anunciación, a las palabras de los pastores en Belén, a la inesperada presencia adorante de los Magos, y al profético anuncio del viejo y venerable Simeón en el Templo.

Pero como subraya Lucas, bien informado, «no comprendieron lo que les decía» su hijo Jesús, aunque «su madre guardaba cuidadosamente todas estas cosas en su corazón» (49).

Quid tibi et mihi, mulier?

«Ni a ti ni a mí nos corresponde esta falta, mujer» (Jn 2,4)

Jesús había regresado, desde el Jordán y tras el largo retiro del desierto, a Nazaret, acompañado de sus primeros discípulos. A los tres días, su Madre y Él fueron invitados a una boda en la cercana Caná de Galilea. Fueron también los discípulos. Y sucedió que en pleno convite de la boda faltó el vino. O fueron más en número los invitados previstos, o la alegría de la boda aumentó considerablemente el movimiento de las copas.

Y fue la intuición femenina de la Virgen invitada la que advirtió el fallo imprevisto, y se lo comunicó aparte a su Hijo. Jesús intentó eludir la información. No les tocaba a ellos el remedio. Y además el Hijo declaró a su bendita Madre que su «hora» no había llegado todavía. Y henos aquí ante un capítulo estrictamente mariológico. María, que había avanzado notablemente en la inteligencia del misterio, que envolvía a su Jesús, dijo a los criados: «Haced lo que Él os diga». Y Jesús, adelantó su hora, por la intervención de la Reina Madre del nuevo y definitivo descendiente de David.

Quis ex vobis potest me arguere de peccato?

«¿Quién de vosotros puede acusarme de pecado?» (Jn 8,46)

Cierra esta decisiva pregunta el catálogo de los interrogantes del presente capítulo. Tesis probatoria en los tratados de la teología fundamental y elemento adicional contundente del entrañable tratado *de Verbo incarnato*, de la teología dogmática. Conviene leer con atenta devoción y oído abierto todo el maravilloso capítulo 8, polémico, del Evangelio de San Juan.

¿A quiénes se dirige Jesús con esta pregunta? A sus tenaces y ciegos enemigos, que querían matarle. Ante la ceguera de éstos, alza Jesús con voz bien alta, este desafío, que nadie, ningún hombre, puede levantar. Alardeaban aquellos de su ancestral paternidad, Abrahám. Y el Señor reafirma su propia, personal y singular precedencia: «Antes que Abrahám existiera era Yo». Nadie pudo acusarle de pecado. El Verbo encarnado, Unigénito del Padre, hecho hombre vivió libre de toda mancha. Santo como Dios, era santo como hombre. «Vuestro padre Abrahám se alegró deseando ver mi día. Lo vio y se regocijó».

Y no vacila Jesús en acusar a sus enemigos: «sois hijos del diablo,... homicida desde el principio,... mentiroso y padre de la mentira. ...No sois de Dios» (44-47). Acusación sobremanera grave. Y empecinamiento de sus adversarios, inflexibles y amenazados con el juicio divino de la hora última de la historia.

Conclusión

Cada una de las preguntas recogidas en este no corto capítulo, está abierta, por su permanencia, a la serena y humilde consideración devota, mantiene vigencia plena, y ofrece proyección particular, personalizada, individual, de respuesta en todos y en cada uno de los fieles, que sitúan en su dial exacto la recepción clara de las preguntas, que emite la interior e incesante emisora divina.

La oración no es sólo adoración, reverencia, alabanza, asombro, silencio y soledad. Es también audiencia personal superatenta. Y no sólo audiencia; es, además, trato familiar, intimidad. Habla tú interiormente a tu Señor y sobre todo escucha al Señor en el sagrario íntimo de tu conciencia, cuando estás a solas con Él. Y no olvides que para hablar bien de Dios, es

menester hablar bien primero con Él. Y como resumen, obediencia, práctica, vivencia de la voluntad del Señor.

En este ámbito divinamente doméstico –recinto íntimo en la casa del Padre que acoge al Hijo pródigo– se oyen estas preguntas. Las «ínsulas extrañas» y «los ríos sonorosos», de que habla San Juan de la Cruz: «Dios es voz infinita».

«Las ovejas oyen su voz, y Él las llama por su nombre (...). Conocen de corazón su voz» (Jn 10, 3-4). «Cuando oigas su voz, no endurezcas tu corazón» (Sal 94, 8). «Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno escucha mi voz y me abre la puerta, yo entraré a él y cenaré con él y él conmigo» en la íntima soledad sonora del luminoso desierto del espíritu (Apoc 3,20).

Capítulo 5

LOS REPROCHES DEL SEÑOR

Conviene adelantar una precisión terminológica, una aclaración de contenidos. La Real Academia de la Lengua remite, al definir el reproche, al verbo reprochar, cuyo significado es «reconvenir, echar en cara». Dado que este segundo significado suscita cierto matiz de igualdad y de juicio corrector entre dos sujetos de una misma dignidad natural, queda fuera de las presentes líneas. Y conviene atenerse a la reconvención, como «censura o reprensión a alguien por lo que ha hecho o dicho».

En efecto, es Jesús, el Señor, Verbo de Dios hecho hombre, quien en ocasiones durante su vida pública y en su sagrada Pasión, reprochó, reconvino, censuró algunas expresiones o acciones de los que le rodeaban. Y subrayo ya, desde ahora, que los reproches que hizo el Señor y constan en los Evangelios presentan características, tono y matices diferenciados, que es menester tener muy en cuenta.

Adelanto una salvedad necesaria. Algunos de los reproches dominicales, que en este capítulo recojo, están íntimamente unidos a ciertas preguntas del Señor. No he dudado en repetirlos, porque si bien la ocasión es la misma, los matices propios de la interrogación y del reproche son diferentes.

Como última advertencia previa, es necesario distinguir entre los reproches estrictamente personales, individualizados, y los reproches colectivos, más o menos generales, con la salvedad obligada de que con frecuencia los personales tienen valores añadidos de aplicación espiritual, y por ello son plenamente eclesiales.

Ante Nicodemo

En la primera Pascua de su vida pública Jesús se hallaba en Jerusalén. Expulsó con notoria energía a los vendedores del Templo y a los cambistas. Estaba ya entonces acompañado de sus primeros discípulos, un tanto eventuales (Jn 2,14-25; 1,35-51). Se albergaba el Señor, en Jerusalén, en la casa de una fami-

lia amiga; casa, a la que acudió, amparado con las sombras de la noche, un fariseo, doctor de la Ley, llamado Nicodemo.

Habló detenidamente con Jesús, le calificó de auténtico rabí, le manifestó su positiva estimación de cuanto hacía y decía y, concluyendo, reconoció que Dios estaba con Él. Pero ante las explicaciones de aquel joven maestro, confesó Nicodemo que no entendía nada de lo que le exponía. Y Jesús, con atento respeto a los años de su visitante y viendo su excelente disposición, no sin cierta sorna, y con un leve asomo de cordial reproche, le repuso: «¿Eres maestro en Israel y no sabes esto?». Y le añadió, ampliando el área personal del reproche, que «no recibís el testimonio nuestro» (Jn 3,1-13). Reproche cordial, no exento de reconocimiento, que era más bien apertura y cercanía prometedoras.

A los Apóstoles

En otra ocasión, tiempo más tarde, se hallaban los Apóstoles en la casa familiar de Cafarnaún, que le servía al Señor de centro de operaciones. Había hecho, acompañado de los Apóstoles, un largo recorrido por la cercana Galilea. Y el Señor les preguntó intencionadamente: «¿Qué veníais discutiendo por el camino?». Se callaron. Habían venido hablando de quién sería el primero de todos ellos en el futuro gobierno. Y el Maestro les reprochó cariñosamente, con cierta energía, dándoles la lección correspondiente: «Si alguno quiere ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos» (Mc 9,33-35).

Lección sobre el desordenado prurito de mayorías, que más tarde reaparece ante la interesada petición, humanamente explicable, de la madre de los Zebedeos (cf. Mt 20,20-28 y Lc 22,24-30).

Reprendieron un día los Apóstoles a algunos padres o madres, que traían a sus pequeños para que Jesús los bendijera. Era en Judea, «al otro lado del Jordán». Al ver el Señor lo que hacían sus Apóstoles, «se enojó y les dijo: dejad que los niños vengan a Mí y no los estorbéis, porque de ellos es el Reino de los cielos» (Mc 10,13-16). En este caso, el reproche era clara advertencia seria matizada por un evidente enojo.

Nada de exclusivismos

Regresaban en cierta ocasión los Apóstoles de una expedición misionera y al encontrarse con el Señor le dijeron, satisfechos y alarmados, que un sujeto desconocido había expulsado cierto demonio, invocando el nombre de Jesús. Y añadieron que, celosos de la acción de aquel extraño sujeto, le habían prohibido que siguiera apelando al nombre y los poderes de Jesús, «porque no es uno de los nuestros».

El Señor los oyó, los miró significativamente, y les advirtió con palabras que tenían algo de reproche y mucho de advertencia y de magisterio evangelizador: «No se lo prohibáis. Todo el que haga un milagro en mi nombre hablará luego bien de mí. Quien no está contra nosotros, está con nosotros» (Mc 9,38-40). Aviso frente a toda pretensión de exclusivismo corporativo o mera prepotencia humana en la obra divina de la evangelización.

Nueva admonición

Nueva admonición instructora. Pasaban, camino de Jerusalén, los Apóstoles por Samaría, la región del cisma divisor del judaísmo. Les ordenó el Señor que buscaran hospedaje. Se lo negaron los samaritanos. Se indignaron los Apóstoles y dijeron: «Señor, ¿quieres que pidamos baje del cielo fuego para acabar con ellos». Y el Señor, maestro de la santa paciencia, «vuelto hacia ellos, los reprendió». Y aleccionados, se fueron a otra aldea, dejando olvidadas las peticiones de un pretendido fuego celestial (Lc 9,52-56).

En la aldea de Betania

Jesús no disponía de casa propia. ¡El Señor del universo carecía de albergue personal! Pero disponía de varias casas familiares, en las que era recibido con devoción plena y extremado cariño. Uno de esos hogares acogedores y más frecuentados era el de los hermanos Lázaro, Marta y María, en la aldea de Betania, que distaba tres kilómetros de Jerusalén.

Se retiraba allí siempre que no se quedaba en Jerusalén. Juan narra el momento solemne de la resurrección de Lázaro (Jn 11,1-43). «Jesús amaba a Marta y a su hermana y a Lázaro». Es San Lucas el que nos refiere un episodio precedente, que es el que aquí interesa. Venía Jesús con sus discípulos

de Jerusalén y se detuvo en Betania. Marta se dispuso a servirles y a moverse de un lado para otro, disponiendo lo necesario para la acogida, tal vez inesperada del grupo. María se quedó mirando y escuchando a Jesús.

Protestó Marta de la inacción de María. Y Jesús la corrigió, la reprendió cariñosamente. «Marta, Marta, te preocupas y te turbas por muchas cosas. Bastan pocas cosas o una sola. María realmente ha escogido la parte buena, que no le será quitada» (Lc 10,41-42).

Ha sido y es este conocido reproche, objeto de innumerables comentarios tanto exegéticos como espirituales, y tiene, a juicio de algunos estudiosos, necesidad de equilibrada comprensión. Jesús no reprende el hecho de servirle. Lo alaba. Lo que reconviene es el activismo, el desconcierto, la acción desconectada de la mirada del Señor. Marta tiene que recogerse y mirar al Señor. Y la alabanza de María no es invitación a la holganza y al exclusivismo de lo interior. María tiene que vivir también lo mejor de Marta. No puede abandonar el trabajo, las horas del servicio activo comunitario, que la presencia y la voluntad del Señor le piden.

La levadura de los fariseos

Avanzada ya la vida pública, y tras las reiteradas discusiones verbales, y no sólo verbales, con los fariseos y los saduceos, el Señor previno a los Apóstoles frente a la levadura de tales grupos. Al oír lo que el Señor les decía para prevenirlos de la levadura farisaica, pensaron que hablaba del pan. Se habían olvidado de comprarlo. Conoció Jesús lo que pasaba. Y reprendió a los Apóstoles, que no acababan de entender. «¿Cómo no habéis entendido que no os hablaba del pan? Lo que os digo es que os guardéis del fermento, de la levadura de los fariseos y saduceos» (Mt 16,11). La paciencia del Señor ante la lenta comprensión del espíritu evangélico por sus Apóstoles se limitaba a un nuevo y cariñoso reproche.

La reprensión a Pedro

Destacado, en el trienio de la vida pública del Señor, es el pasaje de la colación del Primado en el gobierno de la Iglesia. Se hallaba reunido el Señor con todos sus Apóstoles en la región de Cesarea de Filipos. Dos son

los momentos sucesivos de esta trascendental ocasión: uno, general, público, abierto a todos; otro, particular, reservado, puramente personal.

El primer momento, el abierto, solemne, público, recoge la trascendental pregunta, que Jesús dirige a todos sus Apóstoles. «Vosotros, ¿quién decís que soy yo». Es Pedro el que, en nombre de todos, responde sin vacilar. Reconoce en el Maestro al Mesías anunciado, el Hijo de Dios; afirmación paladina, que Jesús alaba inmediatamente con una aclaración de origen causal: no es la simple razón humana, sino la revelación positiva del Padre la que ha inspirado a Pedro ese reconocimiento. Declaración seguida por la consagración de Pedro como futura cabeza visible de la santa Iglesia en el tiempo. Con el añadido capital, inesperado, del claro anuncio de la pasión, muerte y resurrección del Señor (Mt 16,13-20).

Y sobreviene el anunciado segundo momento, el reservado, privado. Tan inesperado como impresionante. Diálogo individual, aparte, entre Jesús y Pedro a solas. No intervienen, no lo oyen, no lo escuchan los demás Apóstoles. Pedro, extrañado por el sorprendente anuncio –persecución, muerte y resurrección– reconviene con extraña energía al Señor: «Se puso a amonestarle. No quiera Dios, Señor, que tal suceda». Y sobreviene inmediato y duro, por no decir durísimo, el terrible reproche de Jesús: «Retírate de mí, Satanás; me sirves de escándalo, porque no sientes las cosas de Dios, sino las cosas de los hombres» (Mt 16,1,23).

Nuevos reproches a varios Apóstoles

Es el primer reproche que Pedro sufrió. Más tarde, en la intimidad de la Última Cena, recibiría otras dos reconvenciones, ya distintas, aunque la primera de ellas lo fue de cierta gravedad, y las dos públicas.

Al comenzar la cena, Jesús se dispuso a lavar los pies de sus Apóstoles. Sorpresa general. Nadie lo esperaba. Y llegó a Pedro.

Y Pedro se negó, e insistió tercamente en su negativa. Y el Señor no sólo le reconvino, sino que le amenazó, amorosa, pero enérgicamente: «Si no te lavo los pies, no tendrás parte conmigo». Y Pedro se rindió. No necesitaba su amor a Jesús más explicaciones. El Maestro era lo primero y decisivo.

Cenaron y mientras cenaban anunció el Señor su marcha inmediata, y al momento Pedro de nuevo intervino, pero ahora con matiz distinto del de Cesarea. «Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora? Yo por ti daré mi vida».

Y de nuevo otro reproche, cargado de amor y de previsión: «¿Que darás tu vida por mí?». Y le anticipa con cierta solemnidad: «No cantará el gallo antes que tres veces me niegues» (Jn 13,36-38).

Tres reproches petrinos, a los que se añadieron durante la Cena nuevas incomprensiones y lentitudes. Tras Pedro, Tomás, Felipe y Judas, no el Iscariote. El primero, preguntando sobre el camino, que el Señor iba a emprender. El segundo, pidiendo que el Maestro les enseñara al Padre. Y el tercero, rogando explicaciones sobre los destinatarios de la extraña manifestación pública, que el Señor iba a hacer (Jn 14,5-11.22-23).

Singular reproche de Jesús a Pedro

Pero quedaba el último, entrañable, único reproche a Pedro, cargado de amor perdonador y de arrepentimiento ejemplar. Ejemplar para toda la Iglesia a lo largo del tiempo. Pedro siguió de lejos al Señor desde Gersemaní, y cuando llevaron a Jesús al palacio de Caifás, allí entró Pedro, quien no pudo evitar las acusaciones, que le dirigieron los criados del pontífice y que él negó enérgica y rotundamente. Él no era ni había sido discípulo del divino procesado. Y cantó el gallo a la tercera negación. Y maravilla de las maravillas. Como consignó Lucas, al canto del gallo, pasó el Señor prisionero, «miró a Pedro y Pedro se acordó de la palabra del Señor... y saliendo fuera, lloró amargamente» (Lc 22,59-62).

Dos miradas. La primera y principal de reproche mudo, elocuente, perdonador, la de Jesús; y la segunda, simultánea, de dolor arrepentido y vergüenza hondísima, la de Pedro. Dos miradas, que despiertan y mantienen amorosamente fija la mirada del que las contempla en silencio adorante y corazón arrepentido.

Porque Pedro, al ver que apresaban al Señor, sacó la espada e hirió a uno de los adversarios, que ya retenían a Jesús. Y Jesús, tras curar al herido, ordenó a Pedro que volviera la espada a su sitio. Con palabras de reproche: «¿Crees tú que no puedo invocar a mi Padre y me enviaría al instante más de doce legiones de ángeles?» (Mt 26,53).

Doce legiones. En tiempos del Señor, la legión romana, desde los tiempos de Mario, constaba, entre fuerzas de choque, caballería de apoyo y servicios auxiliares, de 6.000 sujetos.

Incompresiones últimas

Y como cierre de las incomprensiones apostólicas y de las pacientes explicaciones divinas del Señor, a algunos de los presentes, que interiormente no entendían las expresiones de la última despedida, Jesús, conociendo tales dudas, les explicó la futura y próxima realidad de la tristeza seguida del gozo (Jn 16, 16-21).

Explicaciones, que dejaron, al parecer, satisfechos a los interrogadores y que concluyeron con un aviso de inmediata realidad y de urgencia y claridades trinitarias: «Llega la hora, ...os dispersaréis cada uno por su lado y a mí me dejaréis solo». Aviso y reproche, ante el inmediato abandono colectivo. Pero completado: «No estoy solo, porque el Padre está conmigo» (Jn 16,29-32). Divina, trinitaria compañía garantizada.

Resucitó el Señor en el arranque mismo del tercer día, y de nuevo, dos reproches posteriores. Uno a Tomás, por la dureza de su pertinaz incredulidad (Jn 20,26-29). Y el otro, a los discípulos de Emaús, por su humano desaliento (Lc 24,25-27).

En el templo, a los doce años

Incompleta quedaría la relación de los reproches del Señor en los tres años de su vida pública y en el singular tiempo de su resurrección, si quedara olvidada una queja singularísima, un reproche filial, una amorosa reconvención de Jesús en los años de su vida oculta. Me refiero a las palabras, que en el Templo dirigió a su santísima Madre y a San José, cuando éstos, tras echarlo de menos tres días antes en la caravana de regreso a Nazaret, tuvieron que volver angustiados a Jerusalén. Es una historia, que exige repetida, detenida y atenta consideración devota.

No puede ocultarse el dato previo, que encierra todo un misterio iluminado por la fe. Jesús, de doce años, se quedó en Jerusalén sin avisar a sus padres. Lo hizo conscientemente. Sabía que sufrirían lo indecible con la angustia desconcertante, que los padres viven al ver extraviado a un hijo. Y permaneció solo en la ciudad. Dos días y parte del tercero. Previó la prolongada, ansiosa y angustiada búsqueda, con la que intentarían encontrarlo en la ciudad. Y aquel jovencito de 12 años, Unigénito todavía infantilmente encarnado, no sólo lo permitió, sino que incluso, y reveren-

temente cabe deducirlo, que lo causó y lo mantuvo. Misterio profundo, aleccionador, iluminado solamente con los ojos de la fe.

Por fin, en la mañana del tercer día, tras dos noches de mortal congoja, lo encontraron. En el Templo. «Sentado en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándoles». Al verlo, María y José quedaron sorprendidos y mudos. Cesó la angustia y la adrenalina del disgusto bajó de golpe. Se miraron preguntándose mutuamente en silencio y asombrados, «estupefactos», pasmados. Pasados unos minutos, el Niño se volvió, divisó a sus padres y se dirigió a ellos. Los rabinos le vieron marchar admirados de la precoz sabiduría de aquel desconocido Niño.

Al salir del Templo para abandonar la ciudad santa, José callaba, pero María –incontenible amor de madre– preguntó con cierto tono de materno reproche justificado. Y el Hijo respondió con palabras, que incluyen a su vez un correspondiente y misterioso reproche filial, a fuer de divino. María: «Hijo, ¿por qué has obrado así con nosotros? Mira que tu padre y yo, apenados, andábamos buscándote». Y la respuesta declaratoria, bimembre, misteriosa, del Hijo: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que es necesario que me ocupe en las cosas de mi Padre?» (Lc 2,48-49). Ni María ni José lo entendieron. Pero María añadía, en el silencio recoleto de su alma, un dato más al catálogo de las palabras arcanas, que desde la Anunciación sucesivamente había ido recibiendo.

Algo iba alzándose, con claridades de divina aurora ya amanecida, en el materno y virginal Corazón de María.

A modo de conclusión

Unas breves palabras de cierre. La consideración global de los reproches individualizados del Señor ofrece materia de asimiladora consideración espiritual y de sincero examen del comportamiento de todo hijo de la Iglesia. Nadie queda exceptuado.

Primera lección. Todas las reprensiones fueron, y son, en el fondo de sus motivaciones y en la intención positiva del Señor, consejos, avisos, advertencias, criterios de acción, puntos de corrección de conductas, y en algunos casos revelación positiva de realidades trascendentes.

Segunda observación. Nunca hubo en tales reproches el más mínimo asomo de despego, de menosprecio, de distanciamientos, de cansancios meramente humanos, de impaciencias circunstancialmente explicables.

Tercer y básico dato: la fuente de las reprensiones, su última y también inmediata raíz. Todas procedían del amor de Dios, de la *caritas* divina, de la que era amoroso portador el Unigénito, Verbo de Dios, hecho hombre. Y todas, aún las más duras, iban dirigidas al fomento del amor del hombre a Dios, a aquel Verbo encarnado, que con amor reprendía a sus discípulos, para introducirlos en la verdad de la eterna *caritas* trinitaria.

Capítulo 6

LOS PRESENTES DE INDICATIVO EN LAS ENSEÑANZAS DEL SEÑOR

Las lenguas neolatinas, entre ellas la nuestra, la española, han heredado de su común raíz romana, la rica morfología del verbo, con sus cuatro formas o modos: el infinitivo, el indicativo, el subjuntivo y el imperativo. De los cuatro nos interesa aquí solamente el indicativo. Tiene éste tres tiempos: el imperfecto –ayer, el pasado–, «venía»; el futuro –mañana– «vendré»; y el tiempo presente –actualidad–, «vengo, estoy viniendo».

Fijo la atención en el tiempo del presente, cuyo valor se centra en el aquí y ahora, en una acción, situación o proceso, coincidente con el tiempo, en que actúa el sujeto de esa acción. La realidad actual, el hecho prolongado que se está desarrollando hoy, en esta misma hora, constituyen la esencia expresiva del presente de indicativo.

He recordado esta previa indicación gramatical, porque el frecuente uso, que de estos presentes hizo el Señor, durante su vida pública, posee una vigencia capital para orientar la auténtica y plena vida cristiana en todos los niveles de ésta. Debo anticipar, para orientación del lector tres observaciones.

Tres observaciones previas

Primera: atiendo, como es natural, no a todos los presentes de indicativo dominicales, sino solamente a algunos, cuyo sentido, cuyo contenido ofrece, también hoy, claras advertencias y consoladoras anticipaciones del futuro eterno del hombre.

Segunda observación: todas las autodefiniciones de Jesús, el «Yo soy», que he recogido en capítulo anterior, encajan perfectamente en el contenido del presente análisis.

Y tercera indicación: ya en el Antiguo Testamento, Yahvé, el Señor, el Dios de Israel, usó no pocas veces el presente de indicativo; y no puede omitirse, aunque sea como mera consignación reverente, la solemne autodefinición, que desde la zarza ardiente, al pie del Horeb, hizo Dios

a ruegos del asombrado Moisés: «Yo soy el que soy» (Ex 3,14). Divina manifestación de la unidad, de la unicidad de Dios, que escapa a toda la capacidad expresiva del hombre, porque define la eternidad omnipotente del Dios, que ni tiene origen –*Deus de nullo veniens*– ni tendrá fin, y que tuvo siglos más tarde la revelación trinitaria personal en labios de Jesús, el Unigénito encarnado.

Tres presentes, tres anticipos

Paso, tras estas previas observaciones, a la primera exposición del valor de los presentes de indicativos, recogidos argumentalmente en este capítulo.

El anticipo de la vida eterna

El primer texto ofrece una nítida, notoria evidencia generalizada, que abarca, como donación y promesa, a todos los discípulos del Señor.

Había curado Jesús en Jerusalén, en pleno sábado, a un ciego de nacimiento. Se corrió por la ciudad la noticia del milagro. Los fariseos, al enterarse, iniciaron una investigación. Acuden a los padres del ciego. Resultado negativo. Vuelven los fariseos al ciego. Éste confirma claramente lo sucedido, y los fariseos lo expulsan de la sinagoga. Jesús busca al ciego, le habla, y el curado e investigado creyó «y se puso de rodillas ante Jesús» (Jn 9, 1-38).

Jesús explicó entonces la parábola del buen pastor. Poco después los judíos volvieron al ataque y el Señor les advierte que no creen en Él, «porque no sois ovejas mías» (Jn 10, 26). Y es en este momento, cuando surge el presente de indicativo, que debo comentar. Destaco en letro negrito los verbos correspondientes. «Mis ovejas **oyen**, conocen mi voz. Y yo las **conozco** y me siguen. Y **yo les doy** la vida eterna y no perecerán eternamente» (Jn 10,27).

«Les doy la vida eterna», divina donación gratuita presente, ya aquí en el tiempo, ahora, durante la peregrinación camino de la eternidad, en nuestra vida diaria. Anticipo vital, real de la futura vida bienaventurada. Adelanto irrevocable por parte del donante, Jesús, con riesgo de pérdida por parte del donatario infiel, el cristiano pecador. No es donación metafórica. Es realidad vital comprobada. Como un primer grado real, personal, vivo, de la

futura y definitiva bienaventuranza. Tesoro interior supremo, inmerecido y al mismo tiempo merecido por la redención operada por el Buen Pastor.

Con un sustancial matiz añadido, expresado por la conjunción copulativa «y», que enlaza el anticipo presente, el de aquí y ahora transeúnte, con la realidad futura del allá, eterno, permanente, de la gloria sin término. «Y no perecerán eternamente». Conexión divinamente garantizada, con la doble advertencia de que no hay quien pueda arrebatar tal donación actual de las manos del donante, el Señor, Jesús, y del propio Padre eterno, sujeto activo también del anticipo «les doy».

«Yo en ellos y ellos en Mí»

Segundo texto de presente de indicativo.

Lago de Tiberíades. La multitud sigue al Señor. Ante la situación, nueva multiplicación de los panes. La gente entusiasmada quiere hacerlo rey. Jesús se retira a la soledad. Al día siguiente, ya en Cafarnaún. La multitud lo descubre de nuevo y Jesús pronuncia el discurso sobre el pan de vida, sobre el pan de la Eucaristía (Jn 6, 1-51).

Muchos seguidores tocados de afanes políticos le abandonan, al oír sus palabras, que son las que debo recoger y comentar ahora.

«El que come mi carne y bebe mi sangre **tiene** la vida eterna y yo lo resucitaré en el último día. Porque mi carne **es** verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre **permanece en mí y yo en él**» (Jn 6. 54-56).

Los valores de este presente son dos: el primero, tener ya ahora, en el tiempo, «la vida eterna», realidad anticipada del *aevum*, que reitera la donación gratuita del texto anterior. Y el segundo valor: la vivencia personal, real, del comulgante en y con el propio Señor. Vivencia que es convivencia, ya real, actual, presente, expresada por la doble intimidad: el cristiano en su Señor, Jesús, y el Señor, Jesús, en el cristiano que ha comulgado. Con el aditamento añadido explícitamente como conclusión: «El que come este pan vivirá eternamente» (Jn 6, 58), ya que incluso aquí y ahora «Yo estoy en ellos y tú, Padre, en mí» (Jn 17, 23). «Yo estoy en mi Padre, vosotros en mí y yo en vosotros» (Jn 14,20).

«El Padre os ama»

El tercer texto de esta terna de presentes de indicativo posee singular solemnidad. Estamos ya en el Cenáculo. Última Cena. Y despedida temporal de Jesús, con la inesperada y sorprendente revelación de que *Pater ipse vos amat*, «personalmente el Padre os **ama**» (Jn 16,27).

Ese pronombre personal, «os», complemento directo de la acción expresada por el verbo «amar», designa a los Apóstoles y a sus sucesores legítimos, y también a cuantos creerán en Jesús y en el Padre por la predicación apostólica. Pero queda excluido «el mundo», que no cree en Jesús (Jn 17, 9.14). Porque «el que me odia a mí, odia también a mi Padre» (Jn 15,23).

El Señor en su solemne oración postrera al Padre en el Cenáculo añade renglones imborrables de este amor, ya presente, vitalmente activo, del Padre a los creyentes: «Al que me ama, lo amará mi Padre y yo también lo amaré» (Jn 14,21). «El que me ama guardará mi palabra, mi Padre lo amará y mi Padre y yo vendremos a él y viviremos en él» (Jn14, 23; cf. 14,2). Y como término de comparación, que en cuanto a expresión humana queda envuelto por la realidad de lo inefable: «Como mi Padre me ama a mí, así os he amado yo» (Jn 15,9).

Estas supremas manifestaciones del Señor, a punto de entrar en su sacratísima Pasión, escapan a todo intento de explicación adecuada, dado que están situadas en el seno de la misma divinidad trinitaria, ónticamente trascendente. Sólo son perceptibles en la luminosa oscuridad y en la soledad acompañada de la fe, impulsada, regida y mantenida por la propia caridad divina. «Yo estoy en el Padre y el Padre está en mi» (Jn 14,11). «Todo lo que tiene el Padre es mío» (Jn 15, 15). Por eso, «todo lo mío es tuyo y lo tuyo es mío» (Jn 17, 10).

Comentan los Apóstoles

Pedro, Juan y Pablo entendieron bien y vivieron ejemplarmente la enseñanza conjunta de estos presentes de indicativo, subrayados por el Señor.

Pedro, cabeza del Colegio apostólico, ya anciano, a punto de abandonar la tienda de campaña, que es la presente vida temporal, afirma que Jesús, el Señor, «nos ha dado gratuitamente los preciosos y sumos bienes

prometidos, por virtud de los cuales **somos hechos** partícipes de la divina naturaleza» (2 Pt 1,4). Participación ya recibida aquí, en el curso de nuestra vida en el tiempo. Y recordando la exclusión del «mundo», que Jesús anunció en la Última Cena, denuncia «el fin que aguarda a los que se han mostrado rebeldes al Evangelio de Dios» (1 Pt 4,17).

Por su parte, Juan, el que, llegado al sepulcro vacío, «creyó» inmediatamente, y cuando estaba en el lago de Genesaret pescando, divisó a un galileo, que tenía en la orilla unas brasas encendidas, reconoció al momento: «Es el Señor», consigna en su primera Carta otro gran presente de indicativo: «Mirad qué amor tan grande nos ha tenido el Padre, al hacer que nos llamáramos hijos de Dios, ¡pues lo **somos**... Desde ahora **somos** hijos de Dios» (1 Jn 3,1-2). «Lo que hemos visto y oído os lo **anunciamos**, para que estéis unidos a nosotros, como lo **estamos** nosotros con el Padre y con el Hijo Jesucristo» (Jn 1, 3).

Y queda Pablo, el inmenso Pablo. El acérrimo perseguidor convertido en gigante de la evangelización y maestro sumo de la espiritualidad cristiana. No dispuso de la lectura de los Evangelios. No fue muy largo el período de trato y de información en Jerusalén con los que eran la cabeza de la naciente Iglesia. Pero durante seis años –los tres de Petra y los tres de Tarso– recibió del Señor altísimas comunicaciones, que le permitieron identificarse plenamente, sacrificadamente, gozosamente con su Señor y Salvador, Jesús, de quien fue pregonero incomparable.

«Para mí la vida **es** Cristo y la muerte ganancia» (Fil 1, 21). Los presentes se acumulan: «**Estoy** crucificado con Cristo, y ya no **vivo** yo, es Cristo quien **vive** en mí; ahora, en mi vida mortal, **vivo** en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí» (Gal 1, 19). Textos autobiográficos del gran Apóstol de aquella naciente Europa cristiana.

«En cuanto a mí, jamás me gloriaré a no ser en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo **está** crucificado para mí y yo para el mundo» (Gal 6,14). Y lo reitera, para grabar el desprecio de las glorias del mundo, que el Señor excluyó de su oración al Padre: «Todo lo que antes consideraba ganancias, ahora lo **considero** pérdidas por amor a Cristo. Más aún, todo lo **tengo** por pérdida, por la enorme ventaja del conocimiento de Jesucristo, mi Señor, por quien todo lo sacrifiqué y **considero** basura, con tal de ganar a Cristo y vivir unido a Él» (Fil 3, 7-8). Y como colofón el texto de Romanos:

«Ninguno de nosotros vive para sí mismo, ninguno de nosotros muere para sí mismo: en vida y en muerte, **somos** del Señor» (Rom 14, 7-8).

También en la liturgia

Nuestra liturgia latina tiene también presentes de indicativo, que recuerdan y aplican los que he recogido, del Señor en los Evangelios. Nuestra liturgia, que es fiel escuela de sólida teología y magna academia de firme espiritualidad, se hace repetidora de la prolepsis de lo eterno ya aquí y ahora.

Me refiero a la poscomunión de la solemnidad de la Ascensión del Señor. En esta oración la Iglesia, dirigiéndose devotamente al Padre eterno, le agradece el que ya *in terra constitutos divina tractare concedis*, es decir, que «mientras vivimos en la tierra nos concedes participar ya de las realidades divinas». Reflejo fiel, eco perfecto de las anticipaciones de la vida eterna ya aquí, en el tiempo, hoy, que el Señor Jesús nos expuso en los presentes de indicativo, anteriormente expuestos y comentados.

Tiene esta consignación litúrgica verificación y pruebas históricas en el curso de la hagiografía, con el decisivo testimonio bimilenario, que ofrece la genuina, confortadora e imborrable memoria histórica de la Iglesia.

Se trata de una concesión divina ya ahora *concedis*, en el tiempo, hoy, durante nuestra vida presente, *in terra constitus*. Y el objeto de la concesión, de la donación presente, es nada menos que el *divina tractare*. La traducción castellana oficial de nuestro actual Misal, traduce «participar». Es correcta la versión, pero no está de más precisar cierto matiz, que ese *tractare*, posee e indica. No se limita a tratar de lo divino. Expresa el trato personal –regalo del Señor– individual con el Señor, a la vida íntima, interior de nuestro espíritu con las realidades eternas del orden divino. Anticipando ya lo que es propio del más allá. Anticipar claramente el futuro eterno. Un litúrgico presente de indicativo, derivado de los presentes afirmados por nuestro Señor durante su vida pública.

Epílogo necesariamente aclaratorio

La voluntad salvífica divina es universal, irrevocable e incontrastable. Prueba de tal voluntad divina es el misterio de la encarnación del Verbo y de su pasión redentora, asimismo universal. El Señor murió en la cruz y resucitó para redimir a todos los hombres. Pero es el hombre, cada persona, el que, con el ejercicio de su libertad, dice sí o dice no a Dios. El mundo como universo ha sido creado y es mantenido por Dios. El mundo, como realidad moral humana libremente desconectada de Dios, es obra de aquellos hombres que no creen en Dios, que no creen en Jesús, único salvador de la entera humanidad. Las puertas de la misericordia divina están perpetuamente abiertas al corazón del hombre. Y también están dispuestos los portillos de la justicia divina. Y es cada uno el que decide, teniendo siempre a su alcance la ayuda de la gracia divina.

Dios tiene medios, de solo Él conocidos, y abre caminos y trochas, por solo Él abiertas, para acercar a las personas sencillas, en cualquier circunstancia de tiempo, condición y lugar, y lograr de ellas y en ellas el sí a la realidad divina presente, aun en medio de los poderosos politeísmos sociales, que levantan las ideologías de turno, sacudidas por el odio a Dios, a Cristo, a su Iglesia.

De esta realidad han hablado, no hace muchos años, el concilio Vaticano II y el Papa San Juan Pablo II.

1965. Vaticano II: Constitución pastoral *Gaudium et spes*, n. 22:

> «Esto (la asociación al misterio pascual, configurado con la muerte de Cristo) vale no solamente para los cristianos, sino también para todos los hombres de buena voluntad, en cuyo corazón obra la gracia de modo invisible. Cristo murió por todos, y la vocación suprema del hombre, en realidad, es una sola, es decir, divina. En consecuencia, debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de solo Dios conocida, **se asocien** a este misterio pascual»[1].

1990. San Juan Pablo II escribe la encíclica *Redemptoris missio,* n. 10. En ella se dice:

1 Véase en el mismo sentido la constitución *Lumen Gentium,* n. 16.

«La universalidad de la salvación no significa que se conceda solamente a los que, de modo explícito, creen en Cristo y han entrado en la Iglesia. Si es destinada a todos, la salvación debe estar, en realidad, a disposición de todos. Pero es evidente que, tanto hoy como en el pasado, muchos hombres no tienen la posibilidad de conocer o aceptar la revelación del Evangelio y de entrar en la Iglesia. Viven en condiciones socio-culturales, que no se lo permiten, y en muchos casos han sido educados en otras tradiciones religiosas. Para ellos, la salvación de Cristo es accesible en virtud de la gracia, que, aun teniendo una misteriosa relación con la Iglesia, no les introduce formalmente en ella, sino que los ilumina de manera adecuada en su situación interior y ambiental. Esta gracia proviene de Cristo; es fruto de su sacrificio, y es comunicada por el Espíritu Santo: ella permite a cada uno llegar a la salvación, mediante su libre colaboración».

Capítulo 7

EL JUICIO FINAL, ANUNCIADO POR EL SEÑOR

La perspectiva del Juicio Final no es mera conjetura. Es realidad futura cierta, avalada por la Revelación divina, como cierre y como apertura. Cierre del tiempo y del espacio, y apertura del llamado *aevum*, la eternidad participada, feliz o desgraciada, del hombre.

Es dogma de fe católica definido

Se halla en el Credo o Símbolo Apostólico: «Creo en Jesucristo,... que vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos,... creo en la resurrección de la carne y en la vida eterna»; y también en el Credo Niceno-Constantinopolitano: «Creemos... en un solo Señor Jesucristo,... que vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos... Esperamos la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro».

Futuro cierto revelado, como se expone más adelante, por los dos Testamentos. Y futuro recordado y esperado por el solemne himno litúrgico del *Te Deum*: «Creemos que vendrás como juez», *iudex crederis esse venurus*.

Se sitúa el contenido de este capítulo no en la autorizada sede del análisis teológico técnico, propio del especialista, sino desde el banco común de las consideraciones propias de los simples fieles, atentos al futuro colectivo de la humanidad, regido por la mano omnipotente y misericordiosa de Dios. Atención mantenida y expresada en el Canon de la Misa, cuando, tras la Consagración, el pueblo repite y manifiesta su firme esperanza: «Ven, Señor Jesús».

Innecesario es añadir que todo lo aquí expuesto se mueve dentro de la más filial obediencia al Magisterio de la santa Iglesia. Si algo rebasa el perímetro por éste definido, téngase por no dicho.

Varias cautelas previas

La primera cautela es meramente nominal. El sustantivo griego simple «parusía», que significa presencia o venida, y el término compuesto neolatino «Juicio Final» son, en el uso común, plenamente sinónimos.

Segunda cautela. En las palabras del Señor consignadas en los Evangelios acerca de ciertos hechos futuros, unas se refieren a una realidad próxima, cercana, casi inmediata: la próxima destrucción de Jerusalén por los romanos. Otras, en cambio, miran a un futuro cierto, pero lejano, y además plenamente universal: el Juicio Final, con que se cerrará la historia de toda la humanidad. A esta hora final, anunciada en repetidas ocasiones por el Señor, y desarrollada y explicada por San Pablo, se limitan las presentes líneas.

Tercera advertencia. Es necesario distinguir también las palabras que se refieren al juicio particular, individual, que sigue necesariamente a la muerte –escatología inicial–; y las indicaciones, que se ciñen estrictamente a las circunstancias singulares del Juicio Final –escatología última–. No está de más añadir que, en ocasiones, unas y otras, por su general carga semántica, pueden aplicarse a los dos juicios sucesivos, tan separados en el tiempo.

De acuerdo con esta distinción, conviene tener presente que en el tratado teológico de los Novísimos o Escatología se habla de tres fases o períodos: la escatología inicial, la intermedia y la final. La segunda atiende a la situación del alma separada del cuerpo, en el tramo que va de la muerte personal a la hora, que ya no será hora, del Juicio Final. La tercera y última, se ciñe y se reduce a la solemnidad del Juicio postrero, público y universal. A éste nos referimos.

Conviene recordar asimismo que el Señor, Jesús, en toda su predicación, y por tanto también en sus anuncios proféticos sobre el futuro, tenía que servirse de la llamada terminología apocalíptica, propia entonces del judaísmo contemporáneo.

En el Antiguo Testamento

Ya en el Antiguo Testamento aparecen, sobre todo en los escritos proféticos, algunos anuncios del Juicio Final, pero como meros apuntes; como simples dibujos abocetados, no retratos; como mapas parciales, incom-

pletos; como previsiones ciertas, pero tocadas de determinados dejos temporales (cf. Ez 37,1-14). Es, sin embargo, en dichos anuncios neta y común la afirmación del triunfo definitivo del Reino, del Señor, de Yahvé, sobre todas las fuerzas del mal.

> «Será un día único, conocido de Yahvé; no será día, no será noche» (Zac 14,7; cf. 12,9). «Me manifestaré grande y santo y me daré a conocer a los ojos de numerosas naciones, y sabrán que yo soy Yahvé» (Ez 38,23). «No dejaré profanar más mi nombre santo y sabrán las naciones que yo soy Yahvé, el Santo de Israel» (Ez 39,7). «En aquel tiempo... muchos de los que durmieron en el polvo de la tierra se despertarán, unos para la vida eterna, otros para oprobio, para eterna ignominia» (Dan 12,2).

Como es natural, son los escritos del Nuevo Testamento los que contienen y manifiestan todos los elementos definidores de la realidad lejana, pero cierta, del Juicio Final.

Tres hechos previos

La hora suprema del Juicio Final sobrevendrá, cuando se hayan dado previamente, sin necesidad de que sean históricamente simultáneos, tres hechos o condiciones señalados, el primero personalmente por Jesús, y consignados los dos siguientes por San Pablo. Son situaciones previas, cuya verificación en el tiempo puede darse, en alguna de ellas, a cierta distancia no corta del último día.

Un hecho: antes habrá de «ser predicado este Evangelio del Reino en todo el orbe, para que tengan un testimonio todas las naciones; y entonces vendrá el fin» (Mt 24,14). «Antes habrá de ser predicado el Evangelio a todas las naciones» (Mc 13,10). Se trata, por tanto, de la previa universalidad verificada de la predicación del Evangelio.

El segundo hecho previo lo enuncia Pablo: «Antes ha de venir la apostasía, y ha de manifestarse el hombre de la iniquidad, el hijo de la perdición, que se opone y se alza contra todo lo que se dice Dios o es adorado, hasta sentarse en el templo de Dios y proclamarse Dios a sí mismo» (2 Tes 2,3-4).

Tercer hecho previo, consolador y comprensible: el retorno de Israel a Cristo. Lo consigna San Pablo en su Carta a los romanos. «No quiero que ignoréis este misterio, para que no os tengáis por prudentes en vuestra propia opinión: a Israel le vino un endurecimiento parcial, hasta que entre el número total de los gentiles, y así todo Israel se salvará, tal como está escrito: De Sión vendrá el Libertador, alejará de Jacob las impiedades» (Rom 11,25ss).

Dos momentos

Tras lo hasta aquí expuesto, vengamos al cuadro revelado, neotestamentario, de lo que será el Juicio Final.

Conviene distinguir dos momentos, más que sucesivos, simultáneos: por un lado, la presencia de la inmensa multitud, innumerable, de los muertos resucitados, y la general mutación de los entonces vivientes, que sin pasar por la muerte, o pasando instantáneamente por ella, verán su cuerpo inmediatamente transformado. Y por otro lado, la presencia gloriosa, judicial, definitiva, del Unigénito encarnado, del Crucificado glorioso, y con Él y en Él la entera santísima Trinidad.

«Verán (todos) al Hijo del hombre venir en una nube con poder y majestad grandes» (Lc 21,27). «Verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes con gran poder y majestad. Y enviará a sus ángeles y juntará a sus elegidos de los cuatro vientos, del extremo de la tierra hasta el extremo del cielo» (Mc 13,26-27). Se abrirá «un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido, y el mar no existe ya» (Apoc 21,1).

Se preguntan con razón los teólogos si la escatología final añade algo al previo y decisivo juicio divino, que, tras la muerte, recae sobre la persona: bienaventuranza o la pérdida eternas. Es tema en el que no entro. Porque se impone un dato, que explica, justifica y da razón del motivo estrictamente divino de esa Parusía universal: la pública manifestación universal, supersolemne, definitiva, del triunfo de Dios, del amor de Dios al hombre, del juicio universal divino sobre la entera historia de la humanidad. Y, con ello, la reivindicación de la gloria del que fue crucificado, de Jesús, del Verbo de Dios hecho hombre, resucitado y glorioso, del Redentor de la humanidad.

Será Jesús, el Hijo del hombre, ya glorioso, quien presidirá la concentración humana total, y en Él y con Él la entera Trinidad santísima.

Y también tendrá lugar entonces la reivindicación, asimismo pública y solemne, de cuantos padecieron en vida por servir al Señor; y la confusión pública universal del castigo eterno de los perseguidores. La parábola del trigo y de la cizaña, y la del rico epulón y el pobre Lázaro tendrán en aquel solemnísimo Juicio la inmensa resonancia, que la justicia y la misericordia divinas darán de la felicidad eterna del pobre, y del látigo eterno, que azotará para siempre a los poderosos del mundo, que se creyeron dioses.

En el relativamente largo curso de la historia humana –etapa última de la entera creación del universo– se han ido repitiendo versiones herederas de la desobediencia originaria, del pecado de nuestros primeros padres. Sujetos, personales unos, colectivos otros, han ido alzándose en la historia, negando a Dios y proclamándose dioses del momento. Nabucodonosor, rey de Asiria, se proclamó dios: «¿Qué dios existe fuera de Nabucodonosor?» (Jdt 6,2). Y exigió que «todas las naciones adorasen sólo a Nabucodoncosor y todas las lenguas y tribus lo proclamasen dios» (Jdt 3,8).

Numerosos sucesores ha tenido, y sigue teniendo, Nabuco y seguirá teniéndolos, como anticristos temporales, hasta que surja, al fin de los tiempos, su última figura en la trágica persona del Anticristo postrero.

La paciencia y la misericordia divinas, como divinas, son sumamente lentas: «Misericordioso y benigno es Yahvé, tardo en airarse y sobremanera clemente» (Sal 102,8). Pero llegada la última hora, se desencadenará el terrible castigo divino. Y este último castigo será el que marcará el final de la historia y de la actual situación del mismo universo.

No carece de fundamento la afirmación, que algunos consideran correcta, de que será el hombre, la propia humanidad engañada por el postrer Anticristo, la que destruirá la Tierra. Dios no destruye lo que ha creado. Pero el hombre, con los medios técnicos, de que ya dispone, y con los que en el próximo futuro inventará, posee ya hoy capacidad probada de autodestrucción generalizada. Capacidad, que se está alcanzando con los evidentes y sorprendentes progresos, que desde la mitad del pasado siglo se han alcanzado. La globalización actual permitirá alcanzar efectos destructores globalizados, esto es, universales.

El Juicio Final hay que contemplarlo ya desde aquí y sobre todo en su momento, más que desde el punto de vista de la humanidad resucitada, desde el punto de vista de Dios, creador y Señor del universo, de la vida, del hombre; y regidor de la historia. Será la hora del reconocimiento universal de la eterna gloria de Dios y de la misericordiosa y omnipotente redención de la humanidad.

El bien triunfará definitiva y totalmente sobre el mal.

La resurrección de los cuerpos

Sobre la resurrección de los muertos y sobre todo acerca de la novísima composición del cuerpo personal resucitado han hablado los Santos Padres y siguen tratando los teólogos. Zona difícil, sobre la que algo conviene decir, con las debidas cautelas.

Hay que recurrir a San Pablo, con una distinción justificada. El Pablo de los *Hechos de los Apóstoles* habló a todos, paganos, judíos y cristianos (cf. Act 17,22-34; 24,1-21). En cambio, el Pablo de las Cartas se dirigía solamente o principalmente a los cristianos, a los domésticos de la fe, a los de casa.

En la hora final, todos los muertos resucitarán; y resucitarán como almas separadas del viejo cuerpo, que quedó en el polvo; del polvo, del que fue creado en el tiempo; y ahora los muertos surgirán con el mismo cuerpo, que tuvieron en vida, pero no simplemente modificado, sino transformado, sin sujeción ya a mortalidad alguna. El hombre, en el Juicio Final, habrá recuperado la plenitud, la totalidad de su ser inicial. Resucitará completo –cuerpo y alma–, pero con novedad corporal, cuyo perfil exacto y características desconocemos.

¿Podemos saber algo de cómo será ese nuevo cuerpo transformado? Algo sabemos por las palabras del Señor y por las ampliaciones de San Pablo.

La resurrección corporal universal de todos los muertos tiene su modelo y su causa en la resurrección personal, instantánea y totalmente excepcional, única, ejemplar, del cuerpo muerto del Señor en el sepulcro. Él es «la primicia» (1 Cor 15,20) y «el primogénito de los muertos» (Col 1,18; Apoc 1,5). La resurrección del Señor fue totalmente excepcional, porque

el cuerpo muerto del Señor no conoció la común corrupción, como ya advirtió el salmista (cf. Sal 15,10). De modo singularísimo, excepcional y subordinado cabe decir lo mismo de la resurrección inmediata del cuerpo glorioso de la santísima Virgen María, Madre de Dios. Tampoco conoció la corrupción.

En esta línea de exposición, la respuesta, que el Señor dio a la burda pregunta, que le hicieron maliciosamente ciertos saduceos, aportó y apuntó un dato definitivo: «Cuando resuciten de entre los muertos, ni se casarán ellos, ni se casarán ellas, sino que son como ángeles en el cielo» (Mc 12,25).

San Pablo, por su parte, dedica el capítulo 15 de su primera Carta a los corintios al tema de la resurrección de los muertos. Y haciéndose dialécticamente como portavoz de algunos, que no veían claro el tema, se pregunta: «¿Cómo resucitan los muertos? ¿Con qué cuerpo resucitan?» (1 Cor 15,55). Y responde, definida y definitivamente, apelando con la inevitable claridad insuficiente, al símil de la vida vegetal, esto es, de la siembra –la semilla– y de la siega –el trigo–. «Así en la resurrección de los cuerpos. Se siembra en corrupción y resucita en incorrupción. Se siembra en vileza y se levanta en gloria. Se siembre en debilidad y se levanta en poder. Se siembra cuerpo animal y se levanta un cuerpo espiritual» (1 Cor 15,42-44). Cuerpo ya no animal, sino cuerpo espiritual. Aquí está la respuesta disponible.

Y continúa, añadiendo matices explicativos del misterio, que escapan a nuestra temporal y sensible capacidad expresiva:

> «Voy a declararos un misterio: No todos dormiremos (moriremos), pero todos seremos transformados. En un instante, en un abrir y cerrar de ojos, al último toque de la trompeta, –pues tocará la trompeta–, los muertos resucitarán incorruptos, y nosotros seremos transformados. Porque es preciso que lo corruptible se revista de incorrupción y que este ser mortal se revista de inmortalidad. Y cuando este ser corruptible se revista de incorruptibilidad y este ser mortal se revista de inmortalidad, entonces se cumplirá lo que está escrito: "La muerte ha sido absorbida por la victoria. ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón?"» (1 Cor 51-55).
>
> Cuerpo ya no corruptible, sino plenamente incorruptible.

Cabe añadir, a la luz de estos decisivos testimonios, del Señor el primero y los siguientes de San Pablo, que en el cuerpo humano resucitado, es decir, transformado, no se darán ya las coordenadas temporales del espacio y del tiempo. Desde el punto y hora de la Parusía, en la escatología final, ni habrá distancias que recorrer, porque el espacio ha desaparecido; ni tendrán lugar las duraciones, ya que el tiempo ha cesado. Distancia y tiempo son propios de acá. No se darán allá.

Algo tenemos, a este propósito, como significativa indicación evangélica, en la presencia súbita primero y en la igualmente repentina, instantánea, desaparición, después, del Señor resucitado ante los discípulos reunidos en el Cenáculo con las puertas bien cerradas por temor a los judíos (Mt 16,14-18; Jn 20,19-25). Y también en la cena con los dos discípulos de Emaús. Estaba con ellos y de pronto *evanuit*, desapareció de su presencia (Lc 24,31).

La novedad, que la transformación introducirá en el antiguo cuerpo mortal ya resucitado y dispuesto para una vida nueva sin muerte y carente de las antiguas necesidades temporales, permite prever con fundamento que cesará la función de la multiplicación de la especie humana. Ese cuerpo, antes mortal, ahora inmortal, vivirá eternamente en el destino, feliz o desgraciado, que por sus obras le adjudique la misericordiosa justicia divina: gloria o infierno, y para siempre. El cierre de la historia permite prever con certeza el cese definitivo de la función reproductora de la humanidad.

Parece también justificado prever que se verá libre de la subordinación a la alimentación del cuerpo temporal. Todos los dinamismos corporales, que la vida humana necesitaba en el tiempo para su mantenimiento, cesarán. Dios será el divino alimento único de los bienaventurados. Y la pérdida de Dios dejará sin ese nuevo alimento, tormento singularísimo, a los que vivirán con su cuerpo transformado en el recinto oscuro del infierno, regido por el príncipe de la desobediencia y de la mentira, Satanás. ¿Puede aventurarse que la anatomía y la fisiología temporales, transformadas, habrán desaparecido?

Puede pensarse por la misma razón que todo el despliegue operativo de los sentidos corporales y de la subsiguiente imaginación también desaparecerá. El cuerpo nuevo será espiritual. La carne, «caro», en su forma, funciones y estructura actuales, quedará espiritualizada, ajustada a las nuevas condiciones establecidas, vitales y eternas, por Dios.

Expuestas estas consideraciones, cabe sugerir y prever que ese cuerpo resucitado, transformado, será numéricamente el mismo del tiempo, pero añadiendo que esa identidad numérica se verá instantáneamente, sí recuperada, pero transformada totalmente. Nada más sabemos.

El Juicio Final descrito por el Señor

En la parte final del último discurso, que el Señor, antes de la Pasión, dirigió a sus discípulos, tras salir del templo de Jerusalén y acogerse al acostumbrado refugio del monte de los olivos, quiso dejarnos un cuadro de cómo será el Juicio Final. Conviene reproducir el texto completo.

> «Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria y todos los ángeles con Él, se sentará sobre su trono de gloria, y se reunirán en su presencia todas las gentes, y separará a unos de otros, como el pastor separa a las ovejas de los cabritos, y pondrá las ovejas a su derecha y los cabritos a su izquierda.
>
> Entonces dirá el Rey a los que están a su derecha: venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; peregriné y me acogisteis; estaba desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; preso y vinisteis a verme.
>
> Y le responderán los justos: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos peregrino y te acogimos, desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?
>
> Y el Rey dirá: En verdad os digo que cuantas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis.
>
> Y dirá a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y para sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer; tuve sed y no me disteis de beber; fui peregrino y no me alojasteis; estuve desnudo y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel y no me visitasteis.
>
> Entonces ellos responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento o peregrino o enfermo o en prisión y no te socorrimos?

Él les contestará diciendo: En verdad os digo que cuando dejasteis de hacer eso con uno de estos pequeñuelos, conmigo dejasteis de hacerlo.

E irán al suplicio eterno y los justos a la vida eterna» (Mt 25,31-46).

Descripción auténtica anticipada personalmente por el Señor para consuelo de los fieles y severa advertencia universal para todos.

Sobre el cuándo

Otro dato cierto, expresamente indicado por el Señor: el Juicio Final vendrá de forma súbita, inesperada, repentina, instantánea. «El Hijo del hombre vendrá a la hora que menos penséis» (Mt 24,44; cf Mc 13,35-37). Nada puede predecirse en cuanto a fecha: «De aquel día y de aquella hora nadie sabe, ni los ángeles del cielo, ni el Hijo del hombre, sino sólo el Padre» (Mt 24,36).

Por lo que hace al tiempo final, Pablo advierte: «No os turbéis,... no os alarméis,... que nadie os engañe» (2 Tes 2,2-5). «Cuanto al tiempo y las circunstancias no hay por qué escribir» (1 Tes 5,1) «Vendrá el día del Señor como ladrón» en la noche (2 Pt 3,10; 1 Tes 5,2).

Sobrevendrá de repente. Es lo cierto. La humanidad de entonces vivirá entregada, despreocupada, a los afanes temporales, con sus gozos y esperanzas, con sus tristezas, pecados y angustias. Se hallará bajo el gobierno tiránico del Anticristo, afanada por las tareas de la economía, de los engaños de las ideologías, de los caprichos de la cultura, del olvido de Dios. Lo anticipó el Señor.

«Como en los días de Noé, así será la aparición del Hijo del hombre. En los días, que precedieron al diluvio, comían, bebían, se casaban ellos y ellas, hasta el día en que entró Noé en el arca, y no se dieron cuenta hasta que vino el diluvio y los arrebató a todos. Así será la venida del Hijo del hombre.

Estarán entonces dos en el campo, uno será tomado y otro será dejado. Dos (mujeres) molerán en la muela, una será tomada y otra será dejada» (Mt 24,36-41).

El Señor debió de repetir esta previsión y este aviso en más de una ocasión. San Lucas recoge y repite la misma advertencia de Mateo, pero añadiendo un nuevo ejemplo, referido ahora a Lot.

> «Como sucedió en los días de Lot, así será en los días del Hijo del hombre: comían y bebían, compraban y vendían, plantaban, edificaban, pero en cuanto Lot salió de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre, que los consumió a todos» (Lc 17,26-30).

Urgió el Señor Jesús, tras exponer la incertidumbre de la hora cierta del Juicio Final, la perentoria necesidad de la vigilancia: «Velad, porque no sabéis cuándo llegará vuestro Señor» (Mt 24,42). Aviso reiterado por San Pedro: «Sed sobrios y vigilad, que vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda rondando y busca a quien devorar, al cual resistiréis firmes en la fe» (1 Pt 5,8-9).

Dos procedencias, dos procesiones

La primera, numéricamente inmensa, procederá de las necrópolis, conocidas y desconocidas, del mundo entero. La anunció el Señor Yahvé por boca del profeta Ezequiel. «Esto dice el Señor Dios a estos huesos: Yo mismo infundiré espíritu sobre vosotros y viviréis... Ven de los cuatro vientos, espíritu, y sopla sobre estos muertos para que vivan... Revivieron y se pusieron en pie. Era una multitud innumerable» (Ez 37,5.10).

La segunda procesión se verá integrada por los supervivientes, los entonces vivos, los miembros de la última generación de la historia. Se verán, en la hora final, mudados de repente, cambiados. No simplemente modificados, sino transformados. El Señor lo había anunciado:

> «No os maravilléis de esto, porque llega la hora en que cuantos están en los sepulcros oirán la voz del Hijo del hombre, y saldrán: los que han obrado el bien para la resurrección de la vida, y los que han obrado el mal para la resurrección del juicio» (Jn 5,28-29).

Y San Pablo, fingiéndose miembro de la generación humana última:

«Os decimos como palabra del Señor que nosotros, los vivos, los que quedamos para la venida del Señor, no nos anticiparemos a los que murieron; pues el Señor, a una orden, a la voz del arcángel, al sonido de la trompeta de Dios, descenderá del cielo, y los muertos en Cristo resucitarán primero; después, nosotros, los vivos, los que quedamos, junto con ellos, seremos arrebatados en las nubes al encuentro del Señor en los aires, y así estaremos siempre con el Señor» (1 Cor 4,15-18).

Pablo declara «el misterio»: algunos vivirán al tiempo de la parusía, pero serán «transformados» (1 Cor 15,51-55).

Con una excepción, que no puede ni omitirse ni olvidarse. Allí en aquella hora, que ya no será hora, estará presente, en puesto eminente, superdestacado, asunta a los cielos en cuerpo y alma desde el último instante de su vida en el tiempo, Ella, la Reina del universo –*Regina caelorum*–, la Señora de los ángeles –*Domina angelorum*–, la Madre de la Iglesia –*Mater Ecclesiae*–, la Inmaculada Virgen María, Madre de Dios, puerta feliz del cielo –*felix porta caeli*–, consuelo y esperanza –*advocata nostra*– de cuantos peregrinos en el tiempo pusieron en Ella, como pecadores arrepentidos –*refugium peccatorum*– toda su confianza en el perdón dado por su divino Hijo.

Las dos sentencias públicas finales

Están enunciadas y preanunciadas por el propio Señor Jesús. Dos sentencias simultáneas, dos destinos: feliz el uno, desgraciado el otro; y ambos definitivos, eternos. «Venid, benditos de mi Padre»; «Apartáos de mí, malditos».

En aquella hora, fuera ya del tiempo y del espacio, bajarán en cuerpo y alma a la sede del *eterno dolore*, perdida *ogni speranza*, la caravana de los precitos, camino de la *città dolente*. Y se oirá, en cambio, el gozoso himno gigante de la inmensa multitud ecuménica de los bienaventurados, que entonarán agradecidos al Hijo de la Virgen el *Te Deum laudamus*, el «alabad al Señor todos los pueblos» y el «cantaremos eternamente tus misericordias».

El Evangelio subraya la presencia rectora, suprema, única del Señor, del Hijo del hombre, de Jesús glorioso. Callan los Evangelios, lo he advertido antes, una presencia, que con gozo aguardamos. Junto al Unigénito humanado glorioso, junto al Hijo del hombre, Señor del universo, junto a Jesús, Juez divino, sentada a su derecha, como representación de toda la humanidad bienaventurada, estará Ella, la Reina Madre del eterno trono de David, la «gebirá», la Intercesora, la Medianera, la Defensora del pueblo. Todos los bienaventurados mirarán al Salvador, y también mirarán inmensamente agradecidos a la Madre de Dios, a su Abogada perpetua y Madre suprema, María, la *maris Stella, Dei Mater alma, atque semper Virgo*.

¡Ojalá la desesperada caravana de los condenados sea, por la justicia misericordiosa divina, numéricamente reducida! ¡Ojalá la multitud de los bienaventurados sea por el amor misericordioso divino innumerable! Quedará entonces la gloria a solo Dios debida, por encima de todo, como justo y previsto epílogo de la historia de la entera humanidad, regida, redimida, santificada, salvada por el Señor, Jesús resucitado y glorioso, el Unigénito del Padre en el seno de la santísima Trinidad.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTE VOLUMEN DE,
SIETE LECCIONES DE LOS EVANGELIOS
DE CEU EDICIONES, EL DÍA 23 DE ABRIL DE 2020,
DÍA DE SAN JORGE,
EN LOS TALLERES DE GRÁFICAS VERGARA, S. A.

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI